

A black and white close-up portrait of Ingeborg Bachmann, looking downwards and to the right. Her hair is dark and voluminous. The background is dark, and there is a red vertical bar on the left side of the image.

**INGEBORG
BACHMANN**

**Tres senderos
hacia el lago**

Lectulandia

Elisabeth Matrei, fotógrafa de renombre y prototipo de mujer independiente y cosmopolita, regresa, como cada verano, a la casa de su padre en un barrio de clase media de una ciudad austriaca de provincias. Allí el tiempo parece haberse detenido hace décadas en una existencia gris y melancólica, pero el cercano bosque con el lago, ese paisaje de la infancia, en apariencia intacto, ofrece a la protagonista un refugio donde recuperarse de las tensiones cotidianas.

El origen de esta historia reside en lo topográfico... así comienza este relato, el más largo de la colección Simultáneo, publicada en 1972. Topografía y biografía son inseparables, y las caminatas de Elisabeth por esos tres senderos hacia el lago enmarcan una profunda reflexión sobre su identidad y su trayectoria vital, pero también sobre la identidad austriaca, tan marcada por el peso de su historia.

Lectulandia

Ingeborg Bachmann

Tres senderos hacia el lago

ePub r1.0

Titivillus 21.11.2018

Ingeborg Bachmann, 1972
Traducción: Isabel García Adánez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

El mapa de rutas y senderos de la zona del Kreuzbergl, editado por la Oficina de Turismo en colaboración con el Instituto Topográfico de la capital del estado federal de Klagenfurt, reimpresión de 1968, señala diez senderos. De estos diez senderos, tres conducen al lago: el Höhenweg^[1] 1 y los Senderos 7 y 8. El origen de esta historia reside en lo topográfico, pues el autor tenía fe en este mapa.

Siempre llegaba por el Andén 2 y salía del Andén 1. El señor Matrei, aunque debía saberlo desde hacía años, deambulaba una vez más nervioso y desazonado por aquel Andén 2, dudando si habría recibido la información correcta y si las horas que anunciaban los paneles coincidirían con las llegadas reales, como si cupiera la posibilidad de equivocarse en una estación que sólo tenía dos andenes, y al momento se encontraron el uno frente al otro, ya le tendían a ella su segunda maleta desde el tren y ya tenía que inclinarse hacia el señor Matrei, pues ahora se iniciaba el ritual del abrazo, se abrazaron y ella tuvo que agacharse hacia el señor Matrei, como siempre, pero esta vez le invadió un sentimiento alarmante porque él había menguado, en el fondo no podía decirse que hubiera encogido pero sí estaba más abajo, y su mirada se había tornado infantil y un poco desvalida, y el sentimiento alarmante era: ha envejecido. Cierto es que el señor Matrei había ido envejeciendo con el paso de los años, pero Elisabeth nunca se había dado cuenta porque siempre encontraba a su padre igual de viejo en el andén, todos los años, y todos los años le irritaba que no hubiera contratado a un mozo para llevar las maletas y que quisiera cargarlas él para evitar que lo hiciera ella, sin duda cansada del viaje, mas como esta vez había envejecido ella no discutió ni le insistió, agarrada a una de las maletas, como de costumbre, sino que le dejó cargar las dos para demostrarle a su hija que estaba fuerte y sano, como siempre, y que no le suponía esfuerzo alguno acarrear dos maletas. En el taxi, ella recuperó la espontaneidad, rió y charló como siempre, apoyó la cabeza en su hombro, se asomó a la ventanilla para mirar algunas fachadas nuevas de la Bahnhofstraße y, como siempre, se fijó en el Lindwurm de la plaza^[2], que también le pareció que había menguado, y en realidad no respiró tranquila hasta ver el Stadttheater y girar por la Radetzkystraße, ahora que todo confirmaba la proximidad del Laubenweg, una callecita arbolada, y de la casa que había sido su hogar. No, del viaje y de por qué había tenido que tomar un vuelo vía Viena no quería hablar ahora, ni del horror de los últimos días, lo importante era que por fin había llegado, después de tantos días de espera, después de muchos telegramas que dejaban consternado al señor Matrei, pues aunque su hija cancelaba el viaje él seguía yendo a esperarla al aeropuerto, daba igual que le hubiera telegrafiado todas aquellas veces precisamente para que no fuera.

Después de que ella pagase el taxi, mientras recorrían juntos el jardín, el señor Matrei quiso enseñarle de inmediato todas las novedades de la parte delantera, pero ella se apresuró a entrar en la casa, diciendo: Por favor, más adelante, por favor,

mañana, y enseguida fueron a sentarse en el cuarto de estar, antes de nada ella quería un poco de café y un cigarrillo, luego tomaría un baño y se cambiaría. Tomaron el café, recalentado por él, un café aguado, tibio, que a ella, pese a todo, acostumbrada al té inglés de la mañana a la noche, le supo bien, y ambos criticaron un poco a los jóvenes, a saber, a Robert y Liz, y el señor Matrei afirmó luego, casi en serio, que no acababa de explicarse por qué Robert no había ido con Liz a Klagenfurt sino precisamente a Marruecos, y eso que Klagenfurt era más saludable y menos caro, y además, ¿no se había sentido Liz a gusto allí en su primera visita, ella que era huérfana y jamás había tenido familia y que allí veía al fin lo que era un hogar? Elisabeth defendió a Robert con poco entusiasmo, pues no había mucho que decir ni que explicar. No se imaginaba a su hermano, tan ávido de vivir nuevas experiencias, en su Laubenweg, sobre todo en aquel momento, y Liz, desde luego, se moría de ganas de ver mundo, sobre todo en aquel momento, pues para vivir reclusos en casa ya llevaban un año entero en Londres, y es que ambos llegaban a casa agotados del trabajo tras un largo viaje en el *underground*, cada uno por su lado, y, ya desde una época en la que ni siquiera habían hablado aún de matrimonio, pasaban los domingos como un matrimonio de ancianos ancianísimos en el apartamento de soltero de Robert.

Elisabeth eludió este tema espinoso, se levantó de un salto, diciendo que quería deshacer sus maletas de una vez, y puso una cara que sólo su padre conocía; debía mostrar un poco de paciencia. Bastó con que ella empezase a deshacer su equipaje y a trajar de acá para allá entre su antigua habitación y el baño del primer piso para que aquel movimiento cambiase la casa, la hiciera revivir... uno de los «niños» había vuelto, y esto no lo cambiaba nada el hecho de que no fuera una niña quien correteaba por la casa, sino una mujer que ahora se sentía como un ser híbrido entre huésped y dueña. Elisabeth intentó no demorarse demasiado, tan sólo se duchó, se puso un albornoz y enseguida, entre los libros, encontró lo imprescindible para aquella noche: un pequeño regalo para su padre, un regalo que, como todos los años, resultaba modesto y deslucido porque el señor Matrei no necesitaba nada, pero realmente nada de nada, y en este sentido se lo ponía muy difícil a sus hijos. Y no porque en algún momento hubiera hecho alguna declaración rotunda al respecto, sino porque era la pura verdad, no se le podían regalar ni pipas Dunhill, ni mecheros de oro o puros caros, ni corbatas, ni objetos de lujo comprados en tiendas de lujo, ni tampoco cosas útiles, porque él lo rechazaba todo, ya tenía todo lo que le hacía falta y todo lo cuidaba mucho: desde las tijeras de podar hasta la pala de jardín, aparte de los útiles para la casa que aún pudiera necesitar una persona mayor. Alcohol no bebía, no fumaba, no gastaba trajes, ni bufandas de seda, jerséis de cachemir o loción de afeitar... y a Elisabeth, que con el paso de los años había desarrollado una capacidad imaginativa sin parangón para elegir regalos adecuados para cualquier hombre, fuera como fuera, nunca se le ocurría nada cuando pensaba en su padre. Esta ausencia de necesidades no era tampoco ninguna manía, era algo innato que lo acompañaría hasta

su último día. Sólo que hoy esa expresión «último día» perturbaba a Elisabeth, se apresuró a borrarla de su pensamiento y sacó las fotos, que por suerte no se habían doblado ni estropeado nada gracias a que, finalmente, ella no había querido tirar la tapa de una carpeta vieja de cartón rígido. Antes de bajar junto a su padre, examinó con gesto severo las fotos que había seleccionado sin demasiado detenimiento en Londres, fotos de aficionado a sus ojos, ojos expertos, pero que mostraban cosas que interesarían a su padre más que sus libros de fotografía y sus reportajes. Las fotos de la boda, tomadas en la puerta de una cochambrosa Registry Office y en la entrada del hotel donde se había celebrado la íntima comida después del enlace; fotografías convencionales, inevitables y poco naturales que pronto se verían tan pasadas de moda como las de sus padres y sus abuelos. Robert y Liz siempre en el centro, Robert inclinado hacia Liz sonriendo, Liz alzando la mirada hacia él sonriendo, Elisabeth al lado de Liz, casi tan alta como su hermano, delgada, casi más delgada que la joven y delicada Liz. Por un instante se le ocurrió la idea de que, recolocando ligeramente el grupo, podría pensarse que la pareja eran Robert y ella, si bien ella sonreía hacia el frente, al igual que el amigo de Robert, que estaba de pie al lado de éste con aspecto desgarrado y un tanto pícaro. En una de las fotografías había salido sin querer el portero del hotel, en otra había dos personas más, una tía lejana de Liz y la amiga del amigo de Robert. Mientras colocaba las fotos de manera que quedase encima de todas la única en que aparecían Robert y Liz solos, Elisabeth comenzó a echar cuentas. Al terminar ese año, en invierno, cumpliría cincuenta años; Robert era dieciséis más joven que ella, Liz treinta años más joven que ella... y esas cifras eran inamovibles, únicamente en las fotos cabía equivocarse, pues al lado de Liz nadie hubiera dicho de ella que pudiera ser su madre, al contrario: así, sonriente, parecía de una edad indefinida, una mujer de treinta y muchos, y Philippe, con quien jamás había hablado de su edad y que era más joven que Robert, podía y hacía bien en pensar que tenía una relación con una mujer que simplemente le llevaba unos años. Sin embargo, hoy ella realizaba un cálculo preciso. Cincuenta menos veintiocho eran veintidós, y veintiocho eran los que había cumplido Philippe el mes anterior. Veintidós años de diferencia. De modo que también hubiera podido ser la madre de Philippe, aunque nunca antes se le hubiera pasado esa idea por la cabeza e incluso ahora le resultara muy extraña. En todo caso, eso carecía de importancia: los cálculos eran los que eran.

Mientras bajaba a reunirse con su padre, que entretanto había encendido la calefacción para pasar la velada, a pesar de que estaban en julio, un julio demasiado frío para aquella casa solitaria y para aquel verano que amenazaba con no serlo, tan distinto a aquellos cálidos veranos de su infancia, intentó adivinar algo a partir de aquellas caras sonrientes, pues tenía que habersele escapado algo en Londres. En Londres siempre había tenido la sensación de que había algo en el aire, y no era sólo el frescor húmedo de comienzos de verano, aquella tímida llovizna, aquel frío en todas partes tenía que ser algo más, pero las fotos no daban indicio de nada por mucho que examinara las imágenes como un detective que siguiera la pista de ese

algo. ¿Dónde estaba su sexto sentido, su capacidad de vislumbrar al instante el fondo de las cosas o de sí misma o de las personas en una determinada situación? Sería por estar juntos Robert y ella, o bien por estar juntos Robert y Liz. De nuevo hay una señora Matrei, habían dicho en Londres riendo, y así no se extinguiría el apellido, pues seguro que Liz quería tener niños, Robert más bien no querría, no, Robert, que era demasiado parecido a su hermana, no querría realmente. Elisabeth estaba acostumbrada a reflexionar sobre ello pero, sin duda, Robert no lo había pensado nunca, aunque era cierto que tenía mejor instinto, mejor y más fuerte que el de ella, desde el principio. Porque ella sabía bien por qué deben extinguirse las familias como los Matrei, y también sabía que ese país ya no necesitaba de los Matrei para nada, que ya su padre era una reliquia y que Robert y ella se habían salvado al irse al extranjero y llevar una vida muy atareada, como hace la gente activa en los países importantes, y Robert aún estaría más seguro en la distancia gracias a Liz. Sin embargo, lo que los convertía en extraños en todas partes era su sensibilidad, porque ellos venían de un lugar al margen y, por lo tanto, su espíritu, su forma de sentir y de actuar pertenecía irremediablemente a cierto reino fantasmal de gigantescas dimensiones, y ahora ya no había pasaportes adecuados para ellos porque tal país había dejado de expedir pasaportes. Si ambos conservaban su nacionalidad era por pura casualidad, era porque a Elisabeth, en su momento, en América, le había resultado un esfuerzo demasiado grande hacer las engorrosas gestiones y trámites para convertirse en americana por el mero hecho de haberse casado con un americano, y después del divorcio tenía aún menos sentido plantearse qué era, puesto que conservaba su permiso de trabajo y, siempre protegida por cierto número de amigos y medio amigos, en ningún país podía pasarle nada, en Washington tenía a un Jack que era alguien importante, y también a un Richard influyente, y si bien Elisabeth no se aprovechaba de sus contactos salvo en caso de verdadera emergencia, sí que sacaba cierto provecho para otros, pues siempre había encontrado a sus parejas entre los fracasados que la necesitaban como apoyo, también a la hora de pedir favores, y con Philippe, naturalmente, volvía a suceder lo mismo.

Mientras extendía las fotos ante su padre, éste dijo que había llamado alguien desde París, dos veces, sólo podía haber sido Philippe, y ya volvería a llamar si necesitaba algo o si casualmente se le ocurría dedicarle unas palabras amables. Arrugando la frente, su padre le dio las gracias por el regalo, un libro que había encontrado por azar en una librería de viejo de Londres: *La carretera de Sarajevo*, con fotografías antiguas, y se puso a hojearlo en silencio pues era importante para él. De las fotos dijo poco. Qué buen aspecto tenía Robert, eso sí lo subrayó varias veces, Liz era mucho más guapa en persona que en esas fotos, y qué joven parecía aún su hija, no era consciente porque no la conocía de otra manera y nunca hacía cálculos como los que Elisabeth acababa de hacer. Era su hija, los hijos siempre parecen más jóvenes, y para el señor Matrei sólo existía la observación «Qué buen aspecto tienes». O: «Pues no tienes buen aspecto». Y con ello se refería a la salud del hijo

correspondiente. El señor Matrei dijo: Ya era hora de que se casara el muchacho, ya me he quedado tranquilo. Y Elisabeth, que sabía lo mal que le sentaba a su padre cada vez que Robert porfiaba en que no se casaría nunca y a ningún precio, se extrañó de que no se inquietara porque ella, en cambio, viviera sola, y probablemente incluso había olvidado el fugaz matrimonio de Elisabeth con el americano, de quien ella tampoco le había contado nada hasta que estaban a punto de divorciarse, o tal vez nunca había llegado a tomarlo en serio: los americanos, en opinión del señor Matrei, se casaban y se divorciaban como si nada, así que no era nada raro que Elisabeth hubiera dejado de estar casada tan pronto. En la carta que hablaba del divorcio, más larga que la que hablaba de la boda, ella le había dicho que estaba bien, que no tenía nada que reprocharle a Hugh, que así era mejor para los dos y que todo había quedado en una buena amistad, que todo había sido muy ecuánime y no podía considerarse un drama aunque ahora tal vez ella regresara a París. Así pues, el señor Matrei ni siquiera mencionaba al tal Hugh —a él no había ido a mostrarle sus respetos nunca—, como tampoco mencionaba el hecho de que, en su día, todo aquello le hubiera resultado increíble y también una falta de tacto por parte de Elisabeth, aunque con tal de que ella no hubiera sufrido todo le parecía bien. El tono optimista de la carta parecía sincero y el señor Matrei se dijo: Yo ya me conozco el percal y lo fundamental es que este mister tan dispuesto a divorciarse no haya hecho infeliz a mi hija. Ante las enhorabuenas por la boda de su hija expresadas por sus conocidos al cruzarse con él por las calles de Klagenfurt había reaccionado con una extrema parquedad en palabras, y una vez que la señora Hauser, la «señora del director Hauser», como solía decir él con cierta ironía, le hizo una pregunta con segundas intenciones cuando Elisabeth ya llevaba mucho divorciada, respondió en tono displicente: Al margen de que jamás me inmiscuyo en las vidas de mis hijos, un matrimonio americano apenas tiene validez en nuestro país. Mi hija tiene mucho trabajo, está en África. Mi hijo, imagino, estudiará Química más adelante. Es cuanto puedo contarle. Un placer saludarla, señora.

Después, ninguno de los vecinos del barrio volvió a atreverse a preguntar al señor Matrei por la vida privada de su hija, y con el paso de los años fueron muriendo la mayoría de ellos, también hacía mucho que había muerto la odiosa señora del director Hauser, la responsable de difundir los cotilleos por el vecindario. El señor Matrei ya sólo levantaba raras veces la vista para saludar, extrañado cuando alguien lo saludaba, y entonces devolvía el saludo muy cortésmente.

Como las fotos no decían nada, Elisabeth se esforzó por aportar todo tipo de detalles, pues su padre se había negado en rotundo a subir a un avión por primera vez en sus setenta y siete años de vida para asistir a la boda de su único hijo en Londres, en un país donde no entendería ni una palabra y donde ni siquiera podría hablar con Liz. Ahora, ella tenía que adornar aquellos días en Londres, dotarlos de atractivos que no habían poseído en ningún momento, y pronto encontró mucho que contar, pues ya la primera noche había salido todo mal, porque se había producido un malentendido

al quedar con Robert y cada uno había estado esperando al otro en un sitio distinto, y es que Heathrow era muy grande —Heathrow era el nombre del aeropuerto de Londres, así como Orly era el de París—, un poquito más grande que el aeropuerto de Klagenfurt, y al final ella se había ido al hotel en un taxi y había pagado más del doble de lo normal, lo que hizo que Robert se echara a reír a carcajadas porque le parecía más que grotesco que a su hermana, que había dado la vuelta al mundo más de una vez, la hubiera timado precisamente un taxista inglés, algo que seguramente no le había pasado nunca ni al más inexperto americano o africano. Más tarde se habían sentado a charlar en amor y compañía, a hablarlo todo y calcular por cuánto les saldría la celebración, qué les faltaba por comprar y por solucionar, mientras Liz cosía, Liz no hubiera servido para un reportaje porque no correspondía a ninguno de los tipos que se buscaban hoy en día, no representaba ni al «swinging London» ni a nada de lo que cabría esperar de una veinteañera, no había ido a ninguna parte y el único placer que conocía era estar con Robert, pues antes sólo había vivido para trabajar, año tras año, compartiendo la habitación con otra chica porque le resultaba demasiado caro un cuarto para ella sola. Aquella noche cosía un vestido de verano que luciría en una playa de Marruecos. Y luego habían decidido llamar por teléfono a Klagenfurt para decirle al señor Matrei que todo estaba listo para el «paso fatal», que Elisabeth había sido aceptada sin ningún problema como testigo de Robert y que, en general, todo estaba resultando muy bien y muy fácil, Robert y Elisabeth se arrancaban el teléfono de las manos, aseguraban a su padre que pensaban en él y, como despedida, le pusieron el auricular en la mano a Liz, que balbuceó como pudo: *Grüß Gott, Vater, auf Wiedersehen*^[3]. Más o menos las únicas palabras en alemán que sabía. De Elisabeth había aprendido, además, *Dummkopf*^[4], para que, en el momento preciso, supiera el epíteto preciso para Robert, y de Robert solía oír la palabra *Dummerle*^[5], aunque era un término cariñoso en clave personal destinado exclusivamente a ella. Cada uno se tomó una cerveza, una Guinness negra, y Elisabeth, pensativa, se alegró por los dos, pues ¿cómo habría logrado Robert elegir bien? Después de la cerveza dormiría bien. Los dos días siguientes fue con Liz de compras, a Harrods y a algunos otros de esos grandes almacenes, y Liz le contó excitada que no le había dicho a nadie de su *office* que se casaba, sino que sólo se había tomado las vacaciones que le correspondían, vaya cara iban a poner al enterarse. En los grandes almacenes, donde Liz se entusiasmaba con todo como una niña aunque sólo quería lo que llevaba apuntado en su lista y se negó varias veces a que le regalasen nada, Elisabeth había comenzado a encontrarse mal... y en este punto del relato se interrumpió de golpe y dijo: Padre, es hora de irnos a la cama. A ti también se te cierran los ojos. Y mañana quiero ir al bosque en cuanto me levante.

Sin llegar a dormirse, Elisabeth se desveló, bajó a la cocina sin hacer ruido y puso la mesa para el desayuno de los dos, así el señor Matrei comenzaría su día de una forma diferente, como hacía mucho, mucho tiempo... no obstante, en sus pensamientos seguía estando en Londres, en aquellos laberínticos grandes almacenes,

no en un hogar familiar que parecía sacado de un álbum de recuerdos, con panecillos recién hechos y café con leche caliente. ¿Por qué se habría encontrado mal mientras subían y bajaban por las escaleras mecánicas, pasando junto a cientos de miles de productos, y por qué la invadió el pánico en el *coffee shop*, donde hicieron una larga cola para un té y unos huevos con jamón y luego Liz tuvo la suerte de encontrar dos sitios libres juntos entre señoras mayores horribles con los platos llenos de pasteles y sándwiches que engullían a dos carrillos todas aquellas cosas incomedibles y parloteaban como si estuvieran en el lugar más agradable del mundo, mujeres mayores, muchas de la edad de Elisabeth, aunque no era lo mismo, mujeres que eran todas iguales y llevaban unos atuendos ridículos? Elisabeth ni siquiera probó los huevos, debió de ponerse muy pálida porque Liz le dijo con ternura: Ya me doy cuenta de que estás completamente agotada, seguro que estás deseando descansar, ahora mismo te acompaño al hotel. Elisabeth se limitó a responder: Sí, perdóname, lo siento pero no aguanto más aquí. De camino, mientras pensaban qué podían dejar para el día siguiente, Liz dijo tímidamente: Lo entiendo, Londres no es París o Nueva York, y también sabemos cuánto trabajo has tenido, creo que para ti ha sido un sacrificio notable venir, pero Robert no habría estado contento sin ti y yo tampoco, y luego también quiero decirte que lo sé perfectamente... que si Robert... que todo, que su decisión dependía de ti, en el fondo... y que te tengo mucho cariño, pero no sólo por eso. Te quiero mucho.

Elisabeth la abrazó fugazmente, agradecida, pues algo de cierto tenían aquellas palabras acerca de que Robert le había preguntado a ella si le parecía bien Liz, y aunque ella no había querido decir nada al respecto le había dado a entender que Liz le gustaba, y así pues ahora iba a tener una cuñada, lo cual sonaba terrible y pensó que prefería el término de *sister-in-law*, hermana política.

En las conversaciones sobre París tenía que tener cuidado. Liz había ido a París un fin de semana con Robert y todo le había parecido «genial». Elisabeth sonreía al oírla, pues su propio París estaba muy lejos de ser «genial», aunque también ella había vivido una vez una primera estancia en París, y aunque no hubiera dicho lo mismo, no pudo evitar pensar que París también había sido maravilloso veinticinco años atrás, cuando aún no tenía el poder de trastocar sus vidas y las de tantas personas. En el fondo, para Elisabeth ya no quedaban lugares que no le dolieran, en tanto aquella personita encantadora aún tenía unas cuantas ciudades que admirar y, en su entusiasmo, todas le parecerían emocionantes y bonitas.

Por la mañana no tendría por qué empezar por recorrer el Höhenweg hasta el lago, tal vez era demasiado, pero sí que podía subir hasta el Waldwirt, el hotel merendero, o al menos hasta el Kalvarienberg, no había respirado aire fresco desde hacía semanas, no había caminado, y el señor Matri ya estaba acostumbrado a que su hija se «desfogara caminando» cuando volvía a casa, a que evitara la ciudad y quisiera ir al bosque nada más llegar. Antes solían ir juntos, y también sería así esta

vez, también ahora daría un segundo paseo diario con su padre; eso sí: el paseo de la mañana siempre lo daba ella sola porque iba casi corriendo, según el señor Matrei, y él ya no podía seguir ese paso.

Por las noches, Elisabeth se despertaba sobresaltada, se creía aún en Londres y no podía decírselo a su padre, como tampoco podría contarle nunca a Robert lo mal que se había encontrado allí, sobre todo después de que él y Liz se marcharan de viaje, cuando de un modo totalmente irracional pensó que ahora había perdido a Robert para siempre, y cuando, unas horas más tarde, fue a tomar su vuelo y resultó que había pasado algo con aquel vuelo y en la agencia de viajes del hotel no había forma de averiguar cómo solucionarían el problema, pues todos los billetes estaban vendidos desde hacía tiempo. Julio, temporada alta, conseguir un billete turístico era toda una lucha. Grupos enteros debían de haber copado los aviones y Elisabeth tuvo que quedarse esperando en aquel hotel durante diez días, casi todo el tiempo tumbada en su habitación leyendo... pedía que le subiesen un té y un sándwich, en el cuarto de al lado siempre oía voces de hombres murmurando, una vez vio salir a un pakistaní, luego, por la noche, le pareció que alguien tocaba a su puerta, con mucha cautela intentó averiguar qué pasaba pero resultó que sólo eran dos pakistaníes que iban a ver al de la habitación de al lado, y de nuevo comenzaron los murmullos. Las mujeres que rondaban por los pasillos eran españolas, desganadas, ociosas, los encargados de hacer las habitaciones eran hindúes, filipinos, negros, una única vez vio a un inglés de avanzada edad entre ellos, pero también los huéspedes eran todos asiáticos y africanos, compartía los grandes ascensores con toda una multitud silenciosa, la única blanca, y en verdad era todo muy peculiar allí, cerca de Marble Arch y de Hyde Park. Aquello nunca le había resultado agobiante en Asia o en África, donde le gustaba estar sola y se apartaba a propósito cuando viajaba con más gente, tal vez dando la imagen de «la mujer que salía huyendo», allí, en cambio, era diferente, todo era pura apatía, todos estaban totalmente apáticos, nada era como debía ser, y los huéspedes y empleados se entendían en un inglés que se limitaba a un reducido número de giros idiomáticos y si alguien utilizaba uno de más ya no le entendían, no era un idioma vivo el que hablaban sino una suerte de esperanto, y el inventor de aquella lengua universal sin duda se habría quedado perplejo de que funcionase, de un modo distinto del previsto, eso sí, pero funcionaba después de todo, y ella pronto olvidó su inglés para emplear aquel condenado esperanto cuando compraba los periódicos o cigarrillos o preguntaba por enésima vez por su vuelo. Una vez se sentó en el bar para ver qué tipo de hombres rondaban por allí y si había alguno que mereciera la pena, pero justo en ese momento cerraban, todo estaba siempre a punto de cerrar, y luego sólo quedaba la opción de sentarse en una salita contigua de iluminación agresiva que tal vez pretendía pero sin lograrlo ser una sala de conferencias y donde a uno le servían unas gotas de whisky en un vaso o una cerveza, a cambio de lo cual tenía que enfrentarse al siguiente obstáculo: pagar. Elisabeth, que en aquellos días no tenía ganas de aprenderse qué monedas valían cuánto, sacó unas pocas del monedero y dijo

al camarero: Por favor, cóbrese usted mismo lo que sea. No sabía adonde había ido a parar su Londres de antes, todo lo que en su día le había gustado. Le trastornaba ver una caricatura de la gran ciudad en la gran ciudad, al pasar por Oxford Street, intentando abrirse camino entre la masa, le irritó cruzarse con grupos de seguidores de sectas religiosas, entonando sus cánticos, y una vez tomó un taxi para que la llevara en un momento a Westminster Bridge, permaneció un rato tranquila en el puente y siguió caminando, paseando un poco por la otra orilla del Támesis, desde donde todo se veía como había sido antaño a pesar de que todo era diferente. No tenía obligación de ver Londres, le era indiferente, estaba cansada y quería marcharse, quería ir a casa, quería ir al bosque y al lago, y telegrafiaba a su padre, ojalá él comprendiera que si seguía retenida allí de aquella manera absurda no era por su gusto, pero no se alteraba. Tras muchos «I'm sorry» y «I don't know» en aquel esperanto, por fin consiguió un vuelo, aunque sólo hasta Frankfurt. De pura exaltación, llegó a Heathrow con una hora de sobra y aún tuvo que esperar varias horas más, porque el vuelo a Frankfurt salió con retraso, aunque en Frankfurt no esperó sino que más bien fue todo un agobio hasta que consiguió cambiar el billete otra vez para llegar hasta Viena, y en Viena se dirigió directamente a la Estación del Sur, donde de nuevo le sobró mucho tiempo y se dirigió a la misión de la estación y preguntó a una de las hermanas si podía echarse un poco en alguna parte porque temía caer desmayada en mitad del andén, se tumbó agotada en una de las camas para casos de urgencia y se tomó un vaso de agua... no, en el tren no tenía asiento reservado porque venía desde Londres, todo había sido un caos, a eso le llamaban progreso, qué ironía. Elisabeth entregó a la hermana cien schillings para la misión y ella le prometió hablar con el revisor para que le consiguiera un asiento, si además Elisabeth hacía el favor de darle una pequeña propina al hombre, seguro que todo iría bien. Ella se sintió aliviada, de nuevo escuchaba hablar en tonos que le eran familiares, por supuesto, estaría encantada de hacerlo, y cuando el tren salió de la Estación del Sur, fingió cierta somnolencia y mareo pero sólo por deferencia hacia el revisor, pues de inmediato se sintió bien, toda aquella pesadilla tocaba a su fin y unas horas más tarde se detendría en estaciones conocidas y pronto estaría en casa.

Esa mañana se durmió y se le pasó la hora del desayuno, el señor Matrei ya estaba trabajando en el jardín y ella se apresuró a beberse un tazón de leche y exclamó animada: Enseguida estoy de vuelta, no quiero excederme el primer día. Comenzó a recorrer el Sendero 2, pero la torre mirador^[6] ya no le gustaba, y luego intentó llegar al Sendero 1 y a los estanques. Pero aquí, tan cerca de la ciudad, había gente que también paseaba y niños que armaban bulla, y eso le causó cierta decepción, aunque ya al día siguiente emprendería sus grandes caminatas hacia el lago, y también podría llevarse el traje de baño y nadar después del paseo.

Tomó un sencillo tentempié con su padre, y él, como siempre, se extrañó de que Elisabeth, cuando estaba en casa, siempre se contentara con sus «sencillos

tentempiés», pues se imaginaba que la vida de su hija estaba llena de almuerzos y cenas refinados, champán y caviar, pues si ella se lo contaba, él tenía que creerla, y en sus relatos únicamente aparecían aquellos restaurantes maravillosos y gente famosa e interesante, y aunque todas esas historias eran ciertas, Elisabeth omitía las otras, las que no se prestaban a ser contadas y en las que no había lugar para el champán o para algún hombre famoso, sino que todo lo ocupaban los compañeros de trabajo y las intrigas de una rutina caótica y agotadora, con trabajo y compromisos con hora fija, con exceso de café y algún que otro sándwich engullido a toda prisa, con reuniones, maletas que, apenas deshechas, tenían que hacerse otra vez, contratiempos de todo tipo, inimaginables para el señor Matrei, cuya vida cotidiana transcurría en paz en su Laubenweg con la única alteración ocasional de los telegramas y cartas de sus hijos, postales de países extranjeros en las que le enviaban recuerdos, llamadas que a veces se producían en el preciso momento de oír las noticias... pero Elisabeth lograba convencerle cada vez de que la comida de casa, con él, siempre le sabía mucho más rica, de que prefería tomar unas salchichas y un poco de queso que comer en un restaurante chino de París. Como el señor Matrei no había probado nunca la comida china y China le resultaba inquietante, asentía con la cabeza muy convencido, pues comprendía perfectamente a su hija, y paseaba con ella por el jardín, le cogía las primeras guindas y grosellas negras, porque la niña en el fondo no había comido nada decente en todo el año, y la fruta del propio jardín era mucho más sana que todos los productos extranjeros de los mercados y ya se encargaría él de que se la viera con mucho mejor aspecto en unos días. Porque esta vez no había venido con buen aspecto. Eso de tanto tomar té en Inglaterra también le daba que pensar, seguro que era puro veneno, el té estaría bien cuando uno se encontraba enfermo y resfriado, pero ¡todo el día tomando té! Seguro que Robert era más sensato, y con el matrimonio entraría el orden en su vida, pero Elisabeth no cuidaba su salud, y en su orgullo ante la exitosa vida de su hija siempre se mezclaba cierta preocupación porque ella no llevara una vida como está mandado.

Por la tarde recorrieron juntos un tramo del Höhenweg 1, pero luego el señor Matrei, que conocía el bosque mejor que ella, abandonó los senderos numerados y regresaron dando un rodeo que Elisabeth no conocía, estaba bastante agotada porque habían caminado demasiado despacio para ella y, como tantas veces, hablado del futuro. Futuro significaba para el señor Matrei ponerse a pensar en cómo dejarlo todo organizado para sus hijos, e intentar averiguar de nuevo si Elisabeth no cambiaría nunca de opinión respecto a la casa, pero tampoco esta vez había cambiado de opinión y, por lo tanto, sería Robert quien heredara la casa. Cuando el señor Matrei se paraba, preguntaba: Demuéstrame que no lo has olvidado todo. ¿Qué árbol es éste y cuántos años tiene? ¿En qué reconocemos su edad? Elisabeth conocía estas preguntas pero cada vez sabía peor las respuestas, ya antes le aburría la naturaleza y, en efecto, no era capaz de reconocer ni un fresno. En el sendero, donde, a modo de ruta didáctica para los escolares, todos los árboles importantes tenían una tablilla con su

nombre en alemán y en latín, su origen, sus características especiales, sí que leía todos aquellos datos con fugaz interés, pero prefería caminar deprisa y pensar en todo tipo de cosas. Lo que más seguía interesándole eran las distintas posibilidades de llegar a un lugar, los caminos potenciales, las encrucijadas, las bifurcaciones y la indicación de las horas de distancia: por ejemplo cuánto se tardaba desde el cruce 1-4 hasta la cima del Zill, y como ella nunca tardaba tanto tiempo como se indicaba, entonces se ponía a pensar en los cálculos del tiempo y en cuánto necesitaba realmente. Jamás hubiera ido al bosque sin reloj, porque tenía que mirarlo cada diez minutos para calcular cuánto tiempo llevaba en marcha, hasta dónde había llegado y qué podía proponerse todavía.

Esa noche se fue a su cuarto temprano y se quedó dormida enseguida, se relajó por primera vez, como cuando se afloja un resorte, ya había mantenido el tipo gracias a esa especie de resorte durante demasiado tiempo, y así, a la mañana siguiente fue la primera en levantarse, preparó el desayuno, escribió unas líneas a su padre y se dirigió, por la Kellerstraße, hacia la segunda entrada del Sendero 2, que quedaba un poco más apartada. No se cruzó con nadie, pues la gente no se alejaba de la linde de la ciudad para sacar a pasear a sus niños y sus perros, porque ya nadie hacía excursiones a pie por el bosque, todo el mundo iba hasta el lago en coche, como en todas partes. De niños siempre habían recorrido aquellos senderos con sus padres, porque al señor y la señora Matrei nunca se les había pasado por la cabeza tomar el tranvía, a lo sumo para volver a casa, o si llovía, pero al lago se iba a pie, y siempre evitaban la gran zona de baños municipal, seguían caminando hasta el pequeño balneario Maria Loretto. Para Elisabeth, el lago y Loretto eran inseparables, aunque durante mucho tiempo, de jovencita, había renegado de las caminatas por el bosque, considerándolas algo fastidioso, innecesario, incómodo, y hasta más adelante no había vuelto a disfrutar de ellas, hasta que las ciudades, todas esas que eran tan «geniales», le habían hecho ver aquel bosque con otros ojos, como el único rincón del mundo donde nadie la obligaba a correr para descubrir algo de provecho, donde nadie podía agobiarla con telegramas y exigencias de ningún tipo.

Hacía un día gris, llevaba un viejo impermeable al brazo y los zapatos viejos que siempre se dejaba en Klagenfurt cuando se iba, sin embargo, había olvidado ponerse calcetines, unos de Robert o de su padre, y por eso, porque iba con medias, los pies le bailaban demasiado en los zapatos y avanzaba despacio.

No se sentía en casa en aquel bosque, tenía que empezar desde cero, leer los mapas de senderismo una y otra vez, porque no conocía la añoranza del hogar y porque nunca era la añoranza del hogar lo que la hacía regresar a casa... nunca había cambiado en nada por el hecho de volver, lo hacía por su padre, y eso era algo que daban por supuesto tanto ella como Robert.

Al irse a Viena y empezar a trabajar, en cambio, lo que sentía era una gran sed de viajar, una inquietud, una impaciencia viva, y había trabajado tanto y tan bien porque

lo hacía con la vista puesta en un milagro, el milagro de marcharse muy, muy lejos... al principio ni siquiera tenía claro qué sería de ella, pero gracias a su energía consiguió un puesto para coger el teléfono y escribir a máquina en la redacción de una de esas revistas ilustradas que tan poco tardaron en surgir después de la guerra y tan poco en irse a pique, y pronto escribía ya sus pequeños reportajes, aunque no sabía que carecía de especial talento para escribir, claro que nadie se daba cuenta porque los demás tampoco sabían hacerlo mejor. Su radiante entusiasmo, por el contrario, resultaba tan convincente que la creían talentosa, y gracias a eso conoció a un montón de gente, corría de acá para allá con los fotógrafos, trabajaba en alguna *story* o en los textos para acompañar las fotografías, conocía cada vez a más gente y gozaba de la estima de muchos. No había aprendido ningún oficio de verdad y, de cuando en cuando, se desesperaba pensando que al final no iba a tener más remedio que ir a la universidad, pero ya era demasiado tarde para ella y su fe en los milagros era tan fuerte que lo captaba todo a gran velocidad y gracias a eso la creían inteligente, aunque lo que poseía eran conocimientos sumamente superficiales de cientos de cosas diversas, justo de aquello que estaba de plena actualidad y de lo que algunos de sus amigos sí entendían. Luego dio la casualidad de que hizo un primer viaje con un fotógrafo y este fotógrafo se puso enfermo, con lo cual Elisabeth, preocupada por aquella *story* tan importante, se puso a hacer las fotos ella misma y, una vez más, no tardó en familiarizarse con todo. Entonces, por casualidad, su vida dio un giro de ciento ochenta grados, pues resultó que tenía más talento para la fotografía que para escribir, algo que no podía haber sabido como tampoco podía haber sospechado siquiera que así avanzaría en su carrera e incluso llegaría a ascender muy, muy alto. La decisión definitiva tampoco se produjo hasta que, en Viena, conoció a un fotógrafo alemán, Willy Flecker, quien ya por entonces gozaba de renombre, aunque un buen día lo perdería del todo, y, tras una breve colaboración, la llevó con él a París y le enseñó unas cuantas cosas más, y en París, a través de Flecker, Elisabeth conoció a Duvalier, el único fotógrafo realmente sobresaliente y de fama internacional desde hacía décadas, a quien le cayó en gracia la joven «tirolesita», como la llamaba en broma. Al poco tiempo, Elisabeth, que había salido de la nada, de la redacción de una revista vienesa de segunda, comenzó a acompañar al anciano fotógrafo en sus viajes, como ayudante, alumna, secretaria, luego ya como colaboradora imprescindible, y el sueño infantil que tuviera en Viena dejó de ser un sueño para convertirse en una realidad que al principio la abrumaba. Con Duvalier fue a Persia, la India y China, y cuando volvieron a Francia y terminaron su siguiente libro, gracias a él, aunque fuera el profesional con menos escrúpulos que conociera jamás y aunque también de ella se hubiera aprovechado sin miramientos, conoció a toda la gente importante que el señor Matrei llamaba «Dios y el mundo», y Picasso y Chagall, Stravinski y Julian Huxley, Hemingway y Churchill dejaron de ser meros nombres para convertirse en conocidos y en personas a las que no sólo retrataban sino con las que se iban a comer o que incluso te llamaban por teléfono, y tras los

primeros trabajos que el precavido, tal vez también codicioso, Duvalier le dejó hacer a ella sola, Elisabeth comprendió que era mejor tener tres vestidos de Balenciaga, o de algún otro gran modisto que, más adelante, durante cierto tiempo la apreciaría por otras cosas y estudiaría y sacaría partido a su físico, que veinte baratos, y si bien estaba completamente absorbida por el trabajo y no pensaba en otra cosa que en ser mejor cada vez, fue adquiriendo estilo, «clase», como decía su amigo alemán, pues ahora sí que se vestía y se comportaba acorde con lo que de verdad le iba a la perfección.

Los parisinos convirtieron a la delgadísima y larguirucha Matrei, que de jovencita no podía resultar demasiado atractiva en Viena, en un «tipo» que no se consideraría interesante y bello hasta mucho más tarde, y por eso en Viena, aunque apreciada, había tenido la mala suerte de ser contemplada por los hombres como un ser asexuado. Cuando, bien cumplidos los veintitrés, seguía yendo por ahí como amiga querida de hombres importantes sin despertar los celos de sus mujeres y novias ni una sola vez siquiera, tomó la determinación de poner fin a tan lamentable condición. Durante un tiempo, dudó entre Leo Jordan, que era médico y cuya carrera estaba despegando, y Harry Goldmann, que no era médico pero al que se atribuía una larguísima lista de conquistas, y al final se decantó por Goldmann porque le gustaba más. Fue una decisión sosegada, fría, y unos meses más tarde, por una indiscreción, oyó pero sin alterarse en absoluto que la actriz X le había contado a su amigo Y, que a su vez se lo había contado Z, uno de los admiradores de Elisabeth, que ella era totalmente frígida, aunque encantadora. Asombrada, se detuvo a pensar en ello, probablemente incluso era cierto, pues, aunque no creía a Goldmann capaz de hacer circular tan burdo rumor, no habría asegurado lo mismo de otros con quienes también lo había intentado alguna vez, aquellos hombres no podían saber que se iba con ellos como quien entra en un quirófano para que le extirpen el apéndice, sin especial nerviosismo pero tampoco ardiente de entusiasmo, simplemente confiando en que le tocara un cirujano experto o, en su caso, un hombre experto que supiera cumplir bien con una nimiedad semejante. Sin necesidad de fingir, después siempre mostraba hacia aquellos hombres, hacia Goldmann y los demás, una amabilidad, una cordialidad neutral, pues no era de esas chicas que destruyen los matrimonios y las relaciones o se aferran a un hombre con exigencias y sentimientos, pues por la mañana no existía para ella nada de cuanto hubiera sucedido la tarde o la velada anterior, y fue al conocer a Trotta en París cuando realmente cambió por completo, tanto que su época de Viena y su comportamiento de entonces se tornaron incomprensibles para ella. A partir de entonces le pareció impensable meterse en la cama de quien fuera para, como ella pensaba antes, hacerle un favor, porque nunca había dudado un instante de que aquello fuera, en efecto, un favor... no obstante, a Franz Joseph Trotta quiso gustarle desde el principio y sintió miedo y se puso nerviosa como una mujer. Comenzó a ponerlo todo en juego con tal de ganárselo y conservarlo para ella, y una y otra vez descartaba sus jugadas, pues cómo iba a interesarse por ella aquel hombre

tan especial, tan orgulloso, cuando ella, de repente, se sentía totalmente gris y no sabía cómo interpretar la actitud irónica de él: durante cinco minutos le parecía que era favorable a ella, cinco minutos después le parecía lo contrario. Los primeros días en que ella buscó a Trotta y huyó de él y él la buscó y huyó de ella supusieron el final de sus años de jovencita, el comienzo de su gran amor, y por más que después creyera que otro gran amor había sido su gran amor, pasadas más de dos décadas, por el Sendero 1 hacia el lago, su gran amor de verdad volvía a ser Trotta, el amor más incomprensible, el más difícil al mismo tiempo, lastrado por malentendidos, peleas, por la desconfianza y la incapacidad de llegar el uno al otro, pero al menos era un amor que la había marcado, no en el sentido habitual de esa expresión, no porque él la hubiera hecho mujer —pues a esas alturas hubiera podido hacerlo cualquier otro—, sino porque, debido a sus orígenes, él le hizo tomar conciencia de muchas cosas, y porque él, un verdadero exiliado, un hombre perdido, la convirtió en una exiliada también a ella, a una aventurera que Dios sabe qué esperaba del mundo en su vida, porque después de morir también la arrastró lentamente a la decadencia, la llevó a analizar con cierta distancia los milagros en que había creído y a considerar esa distancia inevitable como un factor determinante.

Eso había sido lo más importante de su relación, pero había que añadir otra cosa completamente distinta. La clave siempre está en dónde busca cada uno lo más importante en cada momento, y por aquel entonces Elisabeth no había prestado atención a todas las frases de Trotta, que procedía de aquella legendaria estirpe en la que «ninguno podía con la vida que le había tocado^[7]», y por Trotta había sabido también cómo era su padre, el cual, como tantos otros, en algún momento dejó de comprender el tiempo en que vivía y, al final, cuando el mundo se hundió de nuevo, para este Trotta en el año 1938, se preguntó: Adonde voy yo ahora, un Trotta, uno de aquellos que de nuevo se veían obligados a ir a la Cripta de los Capuchinos^[8] y ahora comprendían en toda su dimensión el significado de la expresión «Dios los guarde», aunque antes hubieran hecho cualquier cosa por derrocar la dinastía de los Habsburgo. Pero lo más importante de todo era que Trotta hizo que Elisabeth dudara de su trabajo, pues al morir Duvalier ella se incorporó a la mejor revista francesa y él comenzó a envenenarla, comenzó a obligarla a reflexionar sobre su labor. Una vez que ella acudió a él llorando porque uno de sus amigos, al que no conocía demasiado bien aunque no por ello dejaba de ser uno de sus muchos amigos, había sido asesinado en una de las reyertas callejeras de Budapest, se había desangrado con la cámara en la mano haciendo fotos, Trotta la dejó llorar sin dignarse pronunciar palabra. Más adelante, ella y la redacción de su revista, lo mejor de Francia, esa Francia con más conciencia, sobre todo, perdieron a tres fotógrafos y un reportero en Argelia y a dos periodistas en Suez, y lo que Trotta dijo aquella vez fue: Ya veo que esa guerra que fotografiáis para que otros la vean mientras desayunan también os golpea directamente. No sé, pero no soy capaz de llorar una sola lágrima por tus amigos. Quien se lanza al fuego con el fin de traer unas cuantas buenas fotos de la

muerte de otros se expone él mismo a morir en tan deportiva ambición, qué tiene de especial, son gajes del oficio, nada más. Elisabeth se quedó atónita porque aquel trabajo le parecía lo único correcto de cuanto hacían en una época como aquella, la gente tenía que enterarse de lo que estaba pasando allí y tenía que ver aquellas fotos para «despertar». Trotta se limitó a decir: ¿Ah, sí, tienen esa obligación? ¿Y ellos desean hacerlo? Despiertos están quienes son capaces de imaginar lo que pasa por sí solos, sin vosotros. ¿Acaso crees que has de traerme fotos de cadáveres y pueblos destruidos para que me imagine cómo es la guerra, o que tengo que ver a esos niños de la India para saber lo que es el hambre? Qué prepotencia tan estúpida. Y el que no sabe hojea vuestras logradas imágenes sin más, ya sea como esteta o simplemente con cara de asco, aunque eso dependerá de la calidad de las fotografías, cuántas veces no habrás hablado de lo importante que es la calidad, y ¿acaso no te envían a ti a todas partes porque tus fotografías son garantía de calidad?, preguntó con cierto tono de sarcasmo. A pesar de su desconcierto inicial, Elisabeth, acalorada, se defendió con inteligencia, eso sí, por primera vez alguien le había quitado el suelo bajo los pies, y dijo rebelde: Pues para que entiendas de una vez que para mí es algo muy serio, le voy a pedir a André que me mande a Argelia, hasta ahora siempre se ha resistido a que fuera, pero no veo por qué debería yo librarme de nada cuando los hombres no se libran. ¡Eso ya no es así en ninguna parte, hace mucho que no!

Entonces Trotta vivió sus momentos más especiales con ella, la amó como a alguien a quien uno va a perder, desesperado y temeroso, con el desasosiego con que la había amado siempre, y le pidió que no fuera. No vayas, Elisabeth, no vayas nunca, no está bien, ya sé lo que pretendes con ello pero no tiene ningún sentido, tú misma lo vas a ver. Ni tú ni tus amigos pondréis fin a esa guerra de esta forma, será distinto, vosotros no vais a hacer nada, si es que yo nunca he entendido a esa gente que puede mirar esas imágenes enlatadas, ay, ¿cómo lo diría?, esa realidad convertida en la irrealidad más monstruosa, porque no se mira a los cadáveres como estímulo de la conciencia. Una vez, en Sudán, lo único que me llamó la atención fue una cosa, un cartel que vi: un cartel que había por todas partes destinado a todos esos blancos, porque son los únicos que no tienen sentido del pudor, y decía que estaba prohibido bajo pena severa fotografiar *human beings*, Del Nilo y de todo lo demás me he olvidado, de aquella prohibición no.

Aunque Elisabeth insistía en la importancia de todo lo que hacían ella y otros, de cómo reivindicaban y también de las acciones que realizaban para proteger de los ataques a los que corrían peligro y para ayudar a los argelinos a cruzar las fronteras, a llegar a países seguros, sobre todo a Italia, sin quererlo comenzó a ver su trabajo con otros ojos, pues, como siempre tenía la cabeza saturada por los acontecimientos de cada día, jamás se había parado a pensar, como Trotta, en formas más complejas de justicia o de injusticia, y despertó en su interior la sospecha de que su trabajo tenía algo de ofensivo, de que Trotta, que no tenía razón, después de todo sí que la tenía en una cosa, pues ¿qué diferencia sustancial había, después de todo, entre las fotografías

de accidentes de tren, de personas que habían caído de una ventana, de madres llorando o de barrios marginales estremecedores y las imágenes que se enviaban desde todos aquellos escenarios de guerra? Si no fuera porque eran tantos los fotógrafos que habían realizado aquellas tomas, igualmente podrían haberse compuesto de manera artificial, del mismo modo en que un experto falsificador de cuadros es capaz de hacer una réplica perfecta de un original sin exponerse al peligro de que la foto no salga y sin mayores aspiraciones que producir una buena falsificación. Las series de fotografías que se publicaban no estaban falseadas casi nunca, sin embargo, ahora Elisabeth las miraba a veces de otra manera, sobre todo las últimas fotografías del joven Pedrizzi, quien poco después había volado por los aires junto con algunos argelinos y otro francés, a los que sólo se lloraba como personajes secundarios puesto que en la prensa sólo había salido Pedrizzi, convirtiéndose en el héroe de unas cuantas necrológicas. Trotta insistía una y otra vez en ridiculizar la firmeza con que la joven Elisabeth creía en ciertos principios. Lo que ha de hacer la gente es leer, y aun así ya lo saben todo antes de haberlo leído. Tú también lees todos esos artículos sobre las torturas como si no supieras de todas formas lo que dicen, son todos iguales, y los lees y sabes que son verdad, que es algo inhumano que debe tocar a su fin, y luego tal vez te entren ganas de fotografiarlo para que otros cientos de miles de personas también tengan ocasión de ver cómo se tortura. ¡No basta con saber! Elisabeth no le dio en la cabeza con el libro que justo estaba leyendo en ese momento porque le falló la puntería y fue a caerle de canto sobre el hombro. Trotta la abrazó y la sacudió: Si es que lo estás malinterpretando todo, y tú, tú no debes caer en esos malentendidos. Yo sólo digo que es ofensivo, que es una humillación, una infamia mostrarle a una persona cómo sufren los demás. Quiero decir, hacer eso con el único fin de que el otro deje por un momento el café que se está tomando para musitar «¡oh, qué horror!», y habrá unos cuantos que incluso voten a otro partido en las siguientes elecciones, aunque igual se disponían a hacerlo de todas maneras... no, querida mía, no es que yo piense que las personas sean malas por naturaleza, que no haya escapatoria y siempre tengan que comprenderlo todo, que estén perdidas sin remisión... en cambio, tú sí lo haces, porque si no, no pensarías que, aparte de unos cuantos mandamientos, también necesitan esos reportajes y «material fuerte», como dice tu Willy.

Elisabeth dijo: Te lo vuelvo a decir, pero no te lo repetiré más, no es *mi* Willy y es muy necesario que la gente entre en razón de una vez. Y para ello haré lo que pueda, por poco que sea.

¡Ay, qué razón, qué razón es ésa, cuando hasta ahora no han logrado llegar a ella! ¡Qué no ha hecho falta durante siglos para hacer entrar en razón a la gente y qué no hará falta para que entres en razón tú!

Pues yo los admiro a todos, a todos los franceses que luchan con ellos por la libertad y la independencia... quiero decir, para Argelia no hay nada más importante que la libertad... Como Trotta se echó a reír, Elisabeth comenzó a tartamudear de

rabia y de impotencia, y él dijo: No olvides que soy francés, y no creo que eso tenga nada de admirable, niña, yo me iría con ellos de inmediato pues con esos condenados franceses a quienes tanta admiración profesas me lavaría muy a gusto las manos que antes se ensuciaron, eso sí, lo que no quiero es que me admiren por ello, te lo aseguro. Y la libertad... la libertad, cuando llega, apenas dura un día y es un puro malentendido.

Lo que pasa es que en realidad no eres francés, dijo Elisabeth agotada, no entiendes el drama que viven, no entiendes a los franceses.

No, no les entiendo, no les entiendo porque no quiero, a ver quién me va a exigir, encima, que les entienda. Me basta con haberme convertido en uno de ellos y con poder hacerme cargo, de nuevo, de una herencia que no he elegido yo.

No vives en este tiempo, dijo ella con amargura, yo no puedo vivir y hablar con alguien que no vive en este tiempo sino que únicamente se ha perdido en él.

Yo no vivo, en general, y nunca he sabido qué es eso de la vida. La vida la busco a tu lado, pero ni siquiera soy capaz de imaginar que tú pudieras dármela. Tú sólo tienes la apariencia de la vida porque no paras de correr de acá para allá y te afanas por todas esas cosas de las que, en unos años, ya no se sabrá qué sentido tenían.

Antes de que terminara la guerra de Argelia, Elisabeth y Trotta se habían separado, y, mientras todos los demás llevaban tiempo centrados en el nuevo «orden del día», Elisabeth veía consternada en qué amenazaba convertirse la libertad, y volvió de la nueva Argelia descorazonada, aunque puso gran empeño en hacer saber a todos lo interesantísima que era, y, con cautelosas precisiones, escribió toda suerte de cosas positivas, y revisó sus pies de foto durante horas antes de entregarlos al mensajero, cruzando así la frontera hacia su primera mentira, mentira que veía claramente... pero ya no podía hablar con Trotta, quien un buen día había cambiado de habitación de hotel sin dejar dirección alguna. Más adelante, por casualidad, leyó un artículo titulado «Sobre la tortura», firmado por un hombre de apellido francés, aunque en realidad era austríaco y vivía en Bélgica, y entonces comprendió lo que había querido decir Trotta en su momento, pues aquel artículo expresaba lo que ella y todos los demás periodistas no sabían expresar, lo que tampoco las víctimas supervivientes, cuyos testimonios se habían publicado en los periódicos como material documental recogido apresuradamente, alcanzaban a verbalizar. Quiso escribirle a aquel hombre, pero no sabía qué decirle, por qué quería decirle algo siquiera, pues al parecer él había necesitado muchos años para penetrar en la superficie de unos hechos horribles, y para comprender aquellas páginas que sólo leerían unos pocos se requería una capacidad distinta de la que otorga un horror menor y pasajero, porque aquel hombre intentaba hallar la clave de lo que le había sucedido a él en la destrucción del espíritu, la clave de la manera en que un ser humano había cambiado de verdad y, a pesar de estar aniquilado, seguía viviendo.

Nunca llegó a escribirle aquella carta, tan sólo evitaba ciertos encargos que le pedían. Una vez, André le preguntó divertido: ¿Es que tienes miedo, Elisabeth? Y

ella, evitando mirarle a los ojos, respondió: No, pero no puedo hacerlo y tampoco te lo puedo explicar. A lo mejor se me pasa, pero tengo mis dudas, hoy en día es una vergüenza hacer eso. André, que ya había cogido el teléfono para llamar a otra persona y no entendía en absoluto la vergüenza a la que ella se refería, le dijo después de la llamada, que además le había hecho perder el hilo de la conversación: Lo mejor será que te tomes un tiempo para descansar, porque si por casualidad quieres oír mi opinión... aunque será mejor que luego la olvides enseguida, no te me vayas a volver vanidosa... tienes mucho más coraje que nuestros caballeros, quienes, cuando se las dan de valientes, en el fondo sólo son ambiciosos o fingen tener coraje. Se te pasará, tal vez te haya exigido demasiado, ya sabes que soy un canalla y os exploto todo lo que puedo, y soy muy consciente de ello, pues si no lo fuera... ¡cómo sería nuestra famosa revista!

Gracias, canalla, había dicho Elisabeth riendo, yo ya tenía claro hace mucho que lo eres, pero fíjate que me gusta bastante trabajar para canallas de tu índole, ahora bien, lo de tomarme un tiempo de descanso... no sé. Lo consultaré con la almohada y te daré una respuesta.

Elisabeth se apartó del Höhenweg y se dirigió en diagonal hacia la Zillhöhe, hacia los bancos que en su día se instalaron para los excursionistas cansados y necesitados de un respiro que ya no pasaban por allí. Miró el lago a lo lejos, envuelto en la calina, y miró por encima de los Karawanken, hacia donde, en línea recta, antaño tuvo que estar Sipolje, la localidad de donde procedía aquella estirpe de los Trotta y donde aún debía de quedar alguno, pues recordaba que una vez un alegre esloveno con aspecto de huno se había acercado a ver a Trotta. Franz Joseph Trotta le había dicho a Elisabeth que era su primo, cuyo padre había sido prácticamente un campesino. Ella sólo recordaba la inusual ternura de Trotta hacia aquel primo, por más que Trotta adoptara una actitud irónica constante y nunca quisiera mostrar que algo le conmovía, y una vez ella dijo como distraída: Tengo que haberme cruzado con él en Viena alguna vez, siendo él aún muy niño, pero tal vez me equivoque, siempre me mira de tal manera que no sé de qué hablar con él, ¿no será que es un poco retrasado? No, dijo Trotta, ni mucho menos, sólo que es tan condenadamente sano... no sé cómo lo han conseguido, allá abajo, en mi tierra, no sé qué han hecho para no enloquecer, es más: para mantenerse tan sanos. Yo estoy demasiado nervioso para poder mirarte como lo hace él, ni siquiera puedo mirarme a mí mismo. Por eso paso días sin afeitarme, porque podría pegarme un tiro cada vez que me veo en el espejo.

Durante el camino de vuelta no volvió a pensar en ello, no hacía buen tiempo ni estaba el día para nadar, aunque tal vez mejorase mañana, y regresó a casa un poco decepcionada porque se había propuesto llegar más lejos y no había podido. Antes de cenar, pues el señor Matrei siempre cenaba muy temprano, le dijo que iba a acercarse un momento al Einsiedler a comprar una cerveza, que a modo de excepción su padre

podía permitirle tomarse una cerveza, rogó en broma, pues el señor Matrei jamás había prohibido nada a sus hijos aunque le gustaba oírles fingir que alguna vez había tenido algo que prohibirles o permitirles. Elisabeth salió de nuevo, deprisa, por la Teichstraße. Antes de llegar al restaurante Einsiedler vaciló: frente a la última (o, según se mirase, la primera) casa de la Teichstraße vio aparcado un viejo y maltrecho Volkswagen, delante de él, una mujer joven la miraba sorprendida y la saludaba. Elisabeth se detuvo a devolverle el saludo, muy turbada, se dieron la mano, conocía a aquella joven pero no sabía de qué, y la otra le dijo con apuro: Vengo de casa de mi tío, el señor Hussa, sí gracias, mi tía y mi tío se encuentran bien, ahora mismo iba a... Elisabeth cayó en la cuenta de quién era aquella sobrina del viejo Hussa, claro, Elisabeth Mihailovics, a la que habría visto dos o tres veces en Viena y que ahora también estaba allí de vacaciones, ojalá no le causara ninguna complicación porque ella no tenía ninguna gana de quedar con nadie ni de hablar de viejos conocidos de Viena. Las dos aseguraron que era una gran sorpresa haberse encontrado y que, por desgracia, el tiempo de aquel verano dejaba mucho que desear. Elisabeth se dio cuenta de que detrás del coche había un joven, había estado metiendo algo en el maletero, cerrándolo después, y ahora esperaba a un lado, la Mihailovics no hizo ademán alguno de presentarle al chico, vestido como un guardabosques y de aspecto un tanto rústico, pero dijo en tono cordial: Si le apetece, llámeme por teléfono, y déle muchos recuerdos a su tía y su tío, supongo que no se acordarán de mí pero sí de mi padre, sí gracias, también se encuentra bien. Como la Mihailovics cada vez estaba más apurada, se despidió con la buena excusa de: Discúlpeme, aún tengo que ir a comprar unas cosas... Felices vacaciones. Elisabeth, fastidiada, siguió caminando, ojalá no me llame, y antes de entrar en el restaurante se volvió a mirar con cautela: los otros dos subían al coche, que sin duda estaba para el desguace, y al salir con su cerveza pasaron a su lado y ella sonrió e hizo ademán de saludarles con la mano pero no llegó a hacerlo porque la otra Elisabeth ya miraba fijamente al frente, haciendo como que no la había visto. Mientras cenaban, Elisabeth preguntó a su padre qué era de los Hussa, y el señor Matrei dijo fríamente que no tenía ni idea pero que, eso sí, eran gente muy decente, y Elisabeth le comentó que se había encontrado con la sobrina de Viena, una persona muy agradable, por cierto, un poco sosa, creía haberla conocido en Viena en casa de unos amigos y no se explicaba qué hacía ahora en compañía de un chico del campo cuando en Viena le había parecido una joven muy distinta, más bien una intelectual, claro que tampoco sabía nada más de ella y también era cierto que allí uno se vestía para ir al bosque y no como en la ciudad, ella misma lo hacía igual, aunque esa Elisabeth Mihailovics tenía cierto aire triste y pobretón, bueno, claro, procedía de una familia venida a menos que, con todo, aún conservaba algunas relaciones sociales... y luego se dio cuenta de que al señor Matrei le interesaba muy poco todo aquello: En fin, no tiene ninguna importancia, con tal de que no me llame, en todo caso, tú dile que no estoy en casa. Antes de dormirse aún pensó que era el colmo toparse con otra Elisabeth allí, bastante la había perturbado ya

oír llamar a Liz por su nombre completo en la Registry Office: Elizabeth Anne Catherine, en combinación con un apellido que había olvidado de inmediato, puesto que antes no lo conocía y a partir de entonces tampoco tendría ninguna importancia para la nueva señora Matrei. Medio dormida, se sobresaltó: se sintió en el pasado, años atrás, en la cama con los ojos abiertos, oyendo de nuevo todo lo de entonces, en casa y al mismo tiempo en París.

Mira, tu Willy... Elisabeth dijo furiosa: ¡Que no es mi Willy, ya está bien! Trotta prosiguió sin inmutarse: Ese Willy, por ejemplo, cuando habla en inglés lo veo como una persona, suena natural cuando dice *okay*, ahora bien, a mí que no me hablen en alemán, con eso sí que no puedo. En algún momento perdieron la sensibilidad para hablarlo, ya no saben cómo debe hacerse. Y los más jóvenes, como él, por más que se les exculpe, no son ninguna excepción. No pienses que es porque los odio tantísimo, la cosa es algo más compleja. Aunque no sería capaz ni de tocar a una alemana por puro miedo a que se le ocurriera abrir la boca.

¡Es compleja porque tú quieres serlo también! (Y él sabía que ella sólo lo decía porque, por principio, no toleraba que nadie, ni siquiera ella misma, hiciera discriminaciones de ningún tipo).

No soy yo, yo no soy complejo, lo que pasa es que he vivido muchas cosas muy complejas. Tú crees que los odio, pero lo que pasa es que nadie me gusta, ¿acaso crees que me gustan los franceses? Ni por asomo, lo único que quiero decir es que sería un error desmantelarles primero todo a los alemanes y castigarlos de una manera y de otra y además con lo de la división, y luego, al mismo tiempo, volver a ponerles armas en la mano para que se conviertan en buenos aliados de dos direcciones distintas.

Y qué habrías hecho tú, a ver, preguntó Elisabeth en tono agresivo, seguro que a ti se te habría ocurrido alguna solución más brillante. Por supuesto que sí, dijo Trotta arrogante, yo hubiera decidido en Yalta o dondequiera que fuese que se les prohibiera volver a hablar alemán, así, sin más, y con ello se habría resuelto todo el problema. Les hubiera obligado a aprender inglés o ruso, cualquier cosa para poder entenderse con ellos.

Elisabeth dijo: No eres más que un loco, vives de fantasías.

Trotta, sin embargo, continuó con absoluta calma: Pues imagínate las consecuencias que hubiera tenido esa nimiedad tan fantasiosa. Tu Willy, perdona, ese Willy es simpático, al menos no resulta penoso cuando dice: *Have a nice time, darling*, hasta suena normal. Ahora bien: aguza los oídos, muchacha, y te darás cuenta de cómo son las cosas en realidad. A ver, un ejemplo aleatorio: «son las ocho aproximadamente»... si es que con toda esa palabrería insufrible no puedo evitar pensar que alguien habla con el vientre, es que no tienen lengua y por eso lo falsean todo. «Vente para acá»... a ver ¿por qué tienen que usar siempre ese pronombre redundante? Es raro, claro que tú siempre lo sabes todo mejor y crees que sólo es

producto de la jerga que han aprendido durante sus Mil Años^[9], pero yo no lo creo así, es algo que llevan dentro.

Franz Joseph Eugen Trotta, es evidente que el mundo ha perdido un genio de la política contigo, dijo Elisabeth sin hacer concesiones. A lo mejor, dijo Trotta. Pero a mí ya nadie me pregunta. ¿Y no te has dado cuenta de que ese Willy no hace más que corretear de un lado para otro dándose importancia cuando, en realidad, no hace nada sino que eres tú quien hace las cosas para él?

Eso lo dirás tú, replicó Elisabeth riendo, tú sí que no haces nada de nada.

No hago nada, cierto, pero es muy distinto, yo no me monto ninguna farsa como esos alemanes que se esmeran en mantenerlo todo en marcha como sea, a sí mismos sobre todo.

Una vez estuve destinado en Heidelberg^[10], bueno, da igual, el caso es que estuve en unas cuantas ciudades porque, claro, tenía que ir por ahí vistiendo ese uniforme francés y con apenas veinte años ya era un vencedor, tiene gracia: un vencedor yo, un Trotta, cuando somos perdedores de nacimiento... sea como fuere, de pronto era un vencedor y aquello no había forma de soportarlo sino con humor, otras cosas menos soportables había. Lo interesante era ver cómo los demás franceses, y no sólo ellos, pensaban de los alemanes que eran el mismo demonio, en especial aquellos asesinos de primera fila, claro está. Y, sin embargo, los alemanes estaban completamente abotargados, eran auténticos borregos sin un ápice de malicia que se limitaban a cumplir las reglas a rajatabla y, de tanta idiotez, podían sufrir un cortocircuito en cualquier momento. Eso sí, una vez, al tomarles declaración, en los interrogatorios en los que yo hacía de intérprete, les tocó a dos de los nuestros.

Elisabeth le interrumpió asombrada: ¿Qué quieres decir con «nuestros»?

Trotta dijo impaciente: Austríacos, naturalmente, y éstos sí que tenían escrita en el rostro la maldad, el placer de llevar a cabo cualquier brutalidad imaginable, y así lo dijeron también. Si quieres, fueron los dos únicos personajes demoniacos con los que me he topado nunca, para ellos una orden tan sólo podía significar un feliz pretexto, mientras que, para los alemanes, una orden era una orden y ya estaba, y por eso estaban tan consternados por que luego se les tomaran tan a mal unos cuantos millones de asesinatos. Pero nuestros franceses con su *logique française* se empeñaban en ver lo demoniaco donde no estaba, y basándose en esa lógica simplemente dejaron seguir su camino a aquellos dos criminales porque les parecieron más inofensivos, meros ciudadanos de un país de opereta convertido en víctima junto con todos sus personajes de opereta. Víctima, sí, pero yo no quise explicarles los verdaderos motivos, pues era en verdad demasiado difícil de explicar de qué manera y con qué historia se había convertido en víctima aquella nación amputada^[11]. Toda esa complejidad ya estaba ahí de base, a mí mismo sigue faltándome complejidad para poder asimilarla.

Por la mañana, antes de las noticias, Elisabeth y el señor Matrei leían cada uno una parte del periódico, de pronto, Elisabeth sentía curiosidad por lo que se escribía allí y por la gente, y ante aquellos reportajes de diletantes y aquel suplemento literario mal escrito no sentía desprecio sino que la conmovían. Las noticias locales eran lo que más le gustaba, pues escribir sobre una fiesta de la iglesia en el Rosental y sobre las personalidades presentes en la celebración se les daba mejor, si bien resultaba, sin quererlo, un tanto cómico, y tampoco carecía de interés una Feria Internacional de la Madera que, en efecto, se antojaba internacional a los lugareños, y tampoco faltaba en algunos puntos cierto tono evangelizador. De modo que también allí se daba aquella vena evangelizadora. No acababan de entender el mundo, eso era, nada más, y Elisabeth, con el sutil sarcasmo que siempre había latido en Trotta y que también la contagiaría a ella, aunque más tarde, se preguntó si realmente importaba que la gente de allí, de aquel rincón perdido, leyera las noticias falseadas o no, y si habría cambiado algo el hecho de ofrecerles alguna vez una visión más clara y directa de lo que sucedía allende las fronteras del país. Lo más probable era que no. Ya Viena les parecía un lugar hartamente sospechoso y oscuro, y puesto que eran muy desconfiados de por sí cuando se llegaba a saber algo del Parlamento y cuando los ministros daban explicaciones de algo, tal vez tampoco hacía falta despertar desconfianzas aún mayores frente al resto de esa gran época retorcida llamada presente. Con todo lujo de detalles se presentaban las noticias sobre catástrofes naturales y accidentes aéreos: una ola de calor en Italia con muertos, aunque allí vivieran bien lejos de aquellas catástrofes y del calor y jamás subieran a un avión... y, salvando las distancias, pues la comparación no se sostenía del todo, Elisabeth recordó la cantidad de periódicos de París que recogían noticias del Tercer Mundo porque tenían mucho más que decir sobre Bolivia que sobre todas aquellas cosas tangibles para los parisinos, que se pasaban la vida aguantando como podían entre las ciudades dormitorio o los barrios de las afueras y el centro, cada vez más agotados, y la mayoría no estaban agotados por las atrocidades que sucedían en países de Suramérica o de Asia sino por sus propias miserias cotidianas, el encarecimiento de la vida, el exceso de trabajo y las depresiones, cosas que, naturalmente, se veían como lamentables minucias al lado de los grandes crímenes; con todo, ya no se daban cuenta de que, en París, cada vez era más frecuente una especie de resentimiento generalizado, de frialdad, cuando alguien pedía algo, aunque sólo fuera una información, con lo cual también se volvían cada vez más resentidos y más fríos los demás, los que aún no eran así. Lo que así iba atrofiándose en su interior, incluso en el caso de Philippe, o ya sólo se conservaba en meras fórmulas de cortesía, aún alcanzaba a algunos jóvenes para manifestar un arrebatado de amor a la humanidad, que sin embargo ya no era suficiente para acercarse hasta la puerta de al lado, hasta quien caminaba junto a uno por la calle sollozando o a punto de desmoronarse. Sonó el teléfono y Elisabeth se levantó de un salto, pero descolgó demasiado tarde. Sólo podía ser Philippe, como si, desde París, hubiera

sabido que pensaba en él en aquel preciso momento, preocupada, pues cuanto en su día hubiera en él de juventud, de fuego, de coraje, de nervio, se había consumido en aquellos días de mayo de 1968 y él ya estaba acabado, amargado y enfermo de autocompasión, si bien algo menos enfermo desde que ella estaba a su lado.

Por el Höhenweg 1 llegó de nuevo hasta la cima del Zill, con sus bancos, y se sentó un momento a contemplar brevemente el lago para después dirigir la vista a los Karawanken y más lejos: hacia Krain, Eslavonia, Croacia, Bosnia... de nuevo buscaba un mundo que ya no existía porque ya no le quedaba nada de Trotta, tan sólo el nombre y unas pocas frases, sus ideas y cierto tono al hablar. Ningún regalo, ninguna flor seca, y ya ni siquiera podía recordar su rostro, pues cuanto mejor le comprendía más desaparecía cuanto había sido real de él, y aquellas frases fantasmales procedían de allá lejos, del sur: No adquieras nada, conserva tu nombre, no te aferres a mí, no te aferres a nadie, no merece la pena.

Ah, bueno, ¿y qué me dices de la cantilena del agradecimiento, porque a quién no le estás tú agradecida? A Willy porque te trajo a París, a Duvalier porque te permitió trabajar con él, a otras dos personas de Viena porque te dieron trabajo, y a André porque te considera buena en tu profesión. No le veo fin a la lista de personas que te han descubierto, sólo espero que no te vuelvas tonta del todo de tanto agradecimiento, en algún punto hay que parar, todo el mundo tiende la mano a los demás alguna vez, pero eso no significa que, cuando esa situación evoluciona, ahora que recorres tu propio camino tú sola, aún debas sentirte encadenada a una deuda que dejó de existir hace mucho.

Trotta ya no llegó a enterarse de que tenía razón respecto a Willy Flecker, pues aquello sucedió meses después de la separación: una vez que Elisabeth, con gran esfuerzo, le había hecho un favor porque él había tocado fondo, y eso que por deferencia hacia ella aún le encargaban algunos trabajos, y también porque él se emborrachaba constantemente, habiéndose echado a perder del todo la joven promesa de la fotografía alemana, Willy, completamente borracho, la había insultado delante de un grupo de amigos, los cuales, al igual que la propia Elisabeth, habían tenido que escuchar, al principio con asombro y después con verdadero horror, cuanto salió por su boca y que, a diferencia de lo que pensaron algunos, no fue un arrebató de celos desmesurados ni un rapto de delirio porque ella conservara su posición mientras él se hundía, sino que ella lo vio como la hora de la verdad entre ambos, aunque fuera incapaz de explicarse cómo podía Willy haber llegado a odiarla tanto, y en su desesperación pensó en Trotta; mantuvo el tipo unas cuantas horas más, intentando ser educada, antes de levantarse e irse, y, por primera vez, tomó pastillas para dormir porque no podía conciliar el sueño enfangada de odio de aquella manera. Willy aún le envió una escueta carta, sin ningún tipo de disculpa, para que hiciera no sé qué encargo enseguida, y como ella tenía el material, se pasó un día entero buscando negativos en el laboratorio. Se los envió sin una sola palabra. En aquella época y de

la misma forma grotesca terminaron algunas de sus amistades, aunque ninguna con tanta violencia y crueldad, como por inercia, sin palabras, con resentimiento, y ella no había sabido cómo interpretarlo, porque Franz Joseph ya no podía decirle nada al respecto, Franz Joseph, que una vez le había dicho que, al menos, entre ellos no habría nunca ninguna incómoda deuda de agradecimiento porque ninguno había hecho nunca nada por el otro, pero que alguna vez recordaría una cosa. Sólo que al principio no lo recordó sino que tomó en cuenta una oferta de Nueva York, presentó su dimisión a André, que le deseó suerte y le dijo que bastaba con un telegrama para que al punto la contratara de nuevo, y se fue a trabajar a Nueva York, bastante aliviada porque su primer París, ahora roto en múltiples enemistades, se le había venido abajo. En Nueva York volvió a conocer a mucha gente y a moverse de acá para allá todavía más que antes, hasta que conoció a Hugh, otro fracasado, aunque no fracasado por voluntad propia sino porque empezaba las cosas con mucha euforia pero, cuando alguien le decepcionaba, se deprimía y se volvía un completo inútil, así que Hugh se había esforzado por hacer algo en la vida después de terminar la carrera de arquitectura pero no conseguía ningún encargo, pero gracias a Dios se le daba muy bien la arquitectura de interiores, y así ella, ilusionada de poder compartir las ilusiones de él, lo puso en contacto con algunos de sus muchos conocidos. El día en que recibió su primer encargo, Hugh preguntó a Elisabeth si quería casarse con él, y ella, en aquel momento, le dijo que sí... cierto es que jamás se había planteado casarse con un homosexual y que él tan sólo vivía en su casa de forma temporal, pero excitados y felices ambos pensaron que podía salir bien, que cada cual tendría su vida y no molestaría al otro y que una amistad tal vez era mejor base para un matrimonio que el enamoramiento. Elisabeth también conocía al *boy* del que Hugh por entonces afirmaba que era la pareja de su vida, aunque a las tres semanas lo fue otro, y ella se acostumbró al constante cambio de *boys* y a ciertas complicaciones, ya que las aventuras de Hugh a veces se solapaban, y era ella quien luego le sacaba las castañas del fuego cuando él se enredaba en la maraña de sus sentimientos y promesas, también solían tener problemas de dinero pues, aunque ella a veces ganaba mucho, otras era Hugh quien no ganaba nada y una vez les salió muy caro un joven de Brooklyn y otra vez uno de Río de Janeiro. A pesar de todo, tenían un pequeño y alegre hogar que Elisabeth disfrutaba mucho, Hugh y ella siempre se entendían bien, y cuando eran tres, y eran tres muy a menudo, aunque nunca fueron cuatro, también les iba bien porque todos los *boys* se mostraban siempre muy simpáticos con ella. Quizá fueran siempre todos tan simpáticos y tuvieran tanto tacto de verdad, aunque a veces Elisabeth sospechaba que Hugh estaba detrás de todo y que exigía a cada nuevo *boy* no sólo que respetara a Elisabeth por ser su mujer sino que también la admirase, por encima de todo porque él mismo la admiraba y deseaba para ella todo el respeto del mundo, justo lo que él jamás conseguía de sus *boys*, que a veces eran fríos y calculadores o le humillaban o le hacían sufrir... ahora bien, nunca debía caer ninguna sombra sobre Elisabeth, a quien él, no obstante, contaba siempre todo, y el

respeto que le mostraban a ella suplía el respeto hacia sí mismo de Hugh, tantas veces herido y pisoteado.

Sin embargo, había una tarde en París que Elisabeth no necesitaba recordar porque su recuerdo estaba presente cada día, no la había olvidado ni siquiera mucho después de regresar, dejando atrás Nueva York, y la culpa de ello era de un periodista vienés que estaba allí de paso y la llamó para ir a verla y transmitirle saludos de alguien o darle una noticia o pedirle algo. Ya no recordaba por qué había accedido a ver a aquel hombre, probablemente le había dicho que sí por teléfono de casualidad citándolo en un pequeño café del Boulevard St. Germain, y sin duda no era para nada importante, tampoco era importante aquel joven de Viena que insistió en invitarla porque, como era periodista, conocía a no sé qué personas que también eran conocidos de ella, un tal Mühlhofer o Mühlbauer que, en algún momento, le preguntó a bocajarro: ¿Usted conocía al conde Trotta, verdad? Elisabeth, irritada, dijo que nunca había existido ningún conde Trotta y que si se refería a aquellos legendarios Trotta que habían recibido un título nobiliario del propio emperador por un malentendido, éstos ya se habían extinguido hacía mucho, ya en 1914, naturalmente aún quedaba alguna rama de la familia, pero no eran nobles, se suponía que aún vivían varios allá en Yugoslavia y uno en París. El vienés se quedó mirándola fijamente un instante y dijo: De modo que hay uno en París, pues entonces tiene que ser ése. Como Elisabeth estaba cada vez más indignada porque no quería hablar de Franz Joseph con un desconocido y todo aquel teatro en torno al conde Trotta le atacaba los nervios, llamó al camarero. Mientras discutían torpemente por pagar, antes de que ella consiguiera librarse de él, el periodista retomó el tema para afirmar que tenía que tratarse de ese Trotta de París y preguntarle si acaso no sabía que se había pegado un tiro hacía unos meses, en Viena, y se había armado bastante revuelo porque no se encontraba a ningún pariente, de hecho, no habían encontrado nada excepto su pasaporte en la pequeña pensión donde vivía, y entonces había surgido la sospecha —él mismo lo había investigado— de que podía tratarse del tataranieta del héroe de Solferino, sobre el cual había buscado datos en los archivos pero ya no encontraba nada más. Elisabeth, que aún no temblaba, le dijo en tono cortante: Vaya disparate, su abuelo fue un rebelde y no un fiel siervo de su señor como los descendientes de Solferino.

Mas como ya no sabía por qué le estaba contando aquello a aquel pesado, se levantó, llamó a un taxi, completamente descentrada, y dijo temblando: Se lo ruego, por favor, ayúdeme a tomar un taxi, tengo una cita importante.

Esa noche estaba invitada al Bateau Ivre, y una vez se encontró tumbada en su cama y pudo reflexionar sobre su único y gran amor y sobre una noticia cuya repercusión no podía haber comprendido aquel vienés, no lloró, pero se sintió demasiado débil para levantarse, ni siquiera fue capaz de coger un vaso y beber algo. Intentó llamarlo por todos sus nombres, Franz Joseph Eugen, aquellos nombres en los

que su padre lo había puesto todo: una auténtica fortuna y el infortunio de ser absolutamente incapaz de olvidar. Llamaron sus amigos, Maurice y Jean Marie, y ella intentó decirles que no podía quedar, que estaba muerta de cansancio, pero se pusieron ambos al teléfono, ya de excesivo buen humor, y rieron y dijeron que pasaban a buscarla en un momento, y antes de que Elisabeth pudiera contradecirles, ya habían colgado. Por primera vez se puso un vestido con una intención clara: no para gustarle a alguien sino para no olvidar a alguien, un vestido de lana ajado y arrugado que llevaba mucho tiempo guardado en un cajón, y que ella trató de alisar, con gesto cansino, una vez puesto, porque recordó que Trotta sólo había ido con ella de compras una vez, y la había esperado en la puerta de la tienda impaciente e inquieto como un león enjaulado porque le parecía que tardaba mucho, mientras ella, más rápida que nunca, escogía el primero que encontraba de su talla... y ahora era su vestido de cenizas, su vestido de luto, su vestido de Trotta, con el que bajó a la calle, donde ya la esperaban cuatro personas en un coche. Nadie le presentó, para variar, a la joven que iba sentada en el asiento del copiloto con aire altivo, y el hombre que iba al volante, cuyo nombre tampoco le dijo nadie, se volvió ligeramente, la miró durante un instante demasiado largo y con una actitud demasiado burlona, y dijo: La famosa Elisabeth... Sus amigos, apretados en el asiento de atrás, no paraban de hablar. Maurice dijo: Ten cuidado, Elisabeth, este hombre es peligroso. Jean Marie dijo: Guárdate bien de él, he de advertirte que no se le resiste ninguna. Ella no respondió, también guardó un riguroso silencio durante la cena y no comenzó a hablar hasta que no se bebió una copa de vino, a hablar de tonterías con Maurice, y cuando vio que el desconocido se levantaba para traerle una cosa del guardarropa a su estirada acompañante y que antes se inclinaba hacia ella preguntando si también deseaba algo, sacó una moneda de su monedero, se la dio y le dijo en tono antipático: Échela en la máquina de discos por mí. No, no deseaba ninguna canción en especial, no deseaba nada de nada, bastaba con que él apretase un botón, uno cualquiera. Cuando el caballero regresó y se inclinó de nuevo hacia Elisabeth con afectada cortesía, como si ella le hiciera gracia por algo, un disco descendió sobre el plato y comenzó a sonar un tema, no era ninguna *chanson* ni ningún éxito del momento, nadie cantaba ni vociferaba al son de la música, que más adelante habría de oír una y otra vez durante todo un año, porque entonces sonaba en todas partes: una pieza lánguida que recordaba al jazz, una música de otra época que ella no reconocía. Elisabeth escuchaba, absorta, como paralizada, sin mirar a nadie, y sólo captó que la joven movía los hombros al compás y que sólo lo hacía para gustar al desconocido. Elisabeth dejó de comer, no podía comer mientras duraba el funeral, y por cortesía aún esperó un rato antes de decir que tenía que volver a casa de inmediato, pidió a Maurice que le llamara un taxi y a los demás que, por favor, continuaran disfrutando de la velada. Pero nadie la había entendido, porque todos discutían en voz alta si irse al Sascha o a algún otro local, y al fin se vio sentada ella sola con el desconocido en el coche, esperando a los demás agotada mientras gritaban medio borrachos unos

metros más allá. Ellos dos no cruzaban palabra, pero en algún momento él dijo que tenía que ir a poner un poco de orden y ella, de nuevo demasiado antipática, le respondió: No, primero me acompaña a mí a tomar un taxi, no estoy con ánimos de ir al Sascha. No se explicaba cómo, a pesar de todo, un rato después había acabado allí con todos los demás, bebieron champán y bailaron, y ella se levantó y bailó con aquel hombre que le caía tan mal, y, en un breve descanso, se detuvo a mirarlo y comentó: Usted tampoco es francés, en cualquier caso, no de nacimiento. No, soy un falso francés, dijo él satisfecho, de Zlotogrod, Galizia, y además ese lugar ya no existe, pero seguro que ella no había oído hablar nunca de esas cosas. Elisabeth dijo a propósito: No, naturalmente que no, ni idea, ni siquiera sabría cómo pronunciarlo. No obstante, a partir de entonces se esforzó por bailar de verdad en lugar de contonearse desganada y con cara de aburrimiento, y aunque nunca le había gustado bailar, por una vez consiguió hacerlo de verdad. Entonces fueron los otros quienes, de pronto, se cansaron del lugar y salieron, él la llevó a casa la primera y, delante de la puerta, le dijo con determinación: Enseguida vuelvo, en cuanto me quite de encima a esta pandilla.

Aunque Elisabeth había bebido más de lo que le hubiera sentado bien, le dolía la cabeza y creía que se quedaría dormida esperando, se arrastró hasta el cuarto de baño, se lavó los dientes e intentó arreglarse un poco, y justo sonó el timbre, pues él había vuelto antes de lo que ella juzgara posible gracias a que eran las tres de la madrugada y apenas había tráfico. Elisabeth abrió, él cerró la puerta con sigilo y después ella no sabía si había sido él quien se había apresurado a abrazarla o ella la que se había arrojado a sus brazos tan deprisa, y hasta el amanecer, desesperada, en un estado de éxtasis que jamás había conocido, exhausta y siempre in exhausta, se aferró a él, rechazándolo únicamente para volver a atraerlo, no sabía si se le llenaban los ojos de lágrimas porque de aquella forma mataba a Trotta o porque lo revivía, si clamaba por Trotta o ya por aquel hombre, no sabía qué hacía por el muerto y qué por el vivo, y se quedó dormida al llegar un punto final que al mismo tiempo era un comienzo, pues pensara lo que pensara después de aquella noche, en muchas variaciones, fue el comienzo de su gran amor, del verdaderamente grande, a veces decía: de su primer amor de verdad, a veces: de su segundo gran amor... y como a menudo también se acordaba de Hugh: de su tercer gran amor. Con Manes no habló nunca del motivo que la había acercado a él, jamás hablaron del porqué de aquel éxtasis que no volvió a repetirse entre ellos, pues a los pocos días él pasó a ser un simple hombre del que se había enamorado, un hombre que cambiaba, que pasaba a tener una cara y un nombre para ella y que, durante dos años, también tendría una historia, una historia con ella que fue adquiriendo forma de tal manera que, poco a poco, Elisabeth incluso comenzó a creer que sería capaz de imaginar una vida con él, un futuro con él. Cuando él la abandonó de repente, se sintió más sobrecogida por lo inesperado, pues la relación nunca había conocido ni la más mínima sombra, que por lo brutal del golpe y por el hecho de verse otra vez sola. Sufrió más con aquella separación que

con la muerte de Trotta, pasó días sentada junto al teléfono esperando una llamada, pero no buscó a Manes y tampoco pudo buscar ninguna razón a aquel abandono porque no la había. También evitó a las personas que conocían a ambos, pues no quería enterarse de nada por terceros. Tras muchos días de esperar en vano, necesitó hablar con alguien y viajó a Viena a ver a un médico que conocía de antes. En Viena evitó a todos los amigos, se alojó en un pequeño hotel y acudió cada día a la consulta de aquel hombre que en su día había sido un simple médico ayudante y ahora gozaba de gran renombre y tenía pacientes de categoría, y ella no hablaba tanto como pensaba que iba a necesitar sino que se expresaba con precisión y respondía a las preguntas que él le hacía, preguntas llenas de paciencia y sensibilidad, con sentido del humor. El doctor la sometió dos veces a narcoanálisis, el cual resultó infructuoso, si bien a Elisabeth le pareció muy interesante, y a los pocos días él le dijo que, gracias a Dios, jamás había tenido un paciente con más sentido común que ella y que sus problemas, en la medida en que podían llamarse problemas, eran parte integrante de su personalidad y nada más. La felicitó por su lucidez y luego charlaron de cosas que no tenían nada que ver con ella, casi como amigos que se profesan mutua simpatía. Con el veredicto de «lucidez» regresó a París, llena de optimismo, pues en realidad no había pasado nada que no le pasara irremisiblemente a todo el mundo. Al día siguiente, de pronto, se vino abajo, presa de un pánico que no había sentido nunca, porque por muy lúcida que fuera su visión no podía hacer nada contra el hecho de que una persona con la que ya creía tener una existencia común la hubiera rechazado, contra el hecho de no ser capaz de superar una pérdida tan leve después de otra gran pérdida mucho más grave. Sufría como si le hubieran amputado un miembro y ya no comprendía nada, y volvió a pasar días desesperándose junto al teléfono.

Un buen día retomó su trabajo, reapareció entre la gente y volvió a hacer las cosas que había hecho antes.

No te aferres a él, no te aferres a nadie, decía una voz fantasmal... A veces se consolaba con ideas muy burdas, por ejemplo: que Manes envejecería, como todo el mundo, y que entonces sería ella la que se cansaría de él, que un final brusco era mejor que una muerte lenta de los sentimientos, y un día también se consoló volviendo a salir con otros hombres, con Roger y con un segundo Jean Pierre y con Jean y con Luc, y con algunos se acostó y a todos les escuchó durante horas sus historias llenas de problemas y dificultades. El caso de Roger era que tenía ciertas obligaciones para con una mujer mayor que él, a quien llamaba A y a quien aún quería, pero al mismo tiempo había conocido a una más joven, a B, que tenía una hija ilegítima y a la que no quería dejar en la estacada una y otra vez con sus dudas, y así prefería huir hacia delante porque no lograba decidirse, y Elisabeth le aconsejó con mucho tacto, pues estaba bastante claro que aquella huida la implicaba a ella y no le hacía ninguna gracia semejante papel, pero, de repente, a la vuelta de un viaje a África, él la llamó diciendo: Por favor, no te rías. Ya me entiendes, sí, ayer, ayer se había casado con la más joven, con B, la de la hija, precisamente la hija ilegítima

había sido el factor decisivo... y ese mismo día Elisabeth aún asistió al cóctel al que la invitaban y conoció a la B de Roger y a la hijita. Roger se acercó a ella sonriendo exultante, la llevó a un lado una vez que ella hubo estrechado la mano a un montón de personas, y le dijo que la llamaría al día siguiente, aunque luego no llamó, ni tampoco dos días después, y como ya sucediera años atrás, Elisabeth volvió a pasarse días junto al teléfono, buscando desesperadamente una explicación y llorando sin poder contenerse, y de nuevo le pasó lo mismo muchos meses más tarde, un día de forma inesperada, porque no le cabía en la cabeza que alguien con quien había sido tan buena no volviera a llamarla nunca. Ahora había visto con claridad que tanto A como B debían de ser mujeres muy decididas, puesto que ninguna toleraba la existencia de otra, y tanto menos habrían de tolerar, obviamente, a una tercera que, para colmo, comprendiera a A y comprendiera a B.

En Manes ya sólo pensaba en contadas ocasiones, y, cuando dejó de buscar el motivo de su partida, se acordó de pasada que él le había dicho en una ocasión que antes nunca había querido tener nada que ver con mujeres como ella, y era probable que la culpa de eso fuera de Maurice por hablarle tanto y con tanta admiración, hasta dar náuseas, de la inteligencia de Elisabeth, y es que a las mujeres inteligentes él no las consideraba mujeres y, de hecho, el primer día también le había sacado de quicio que ella se hubiera pasado toda la cena sin querer hablar, en actitud tan arrogante.

Elisabeth no le había contado qué terrible malentendido subyacía a toda aquella noche, y que era cierto que no quería hablar, pero no por arrogancia. Y también le ocultó el papel que él y una palabra como Zlotogrod habían tenido en la despedida de Trotta y en la resurrección de la propia Elisabeth.

Esta vez recorrió el Höhenweg hasta más allá de la cima del Zill, aunque llovía de cuando en cuando, y emprendió la bajada por donde el camino conducía al lago, sin embargo, al salir del bosque, el camino se perdía sin rastro en una pradera y, como no había ningún tipo de marca, fue hacia la izquierda y hacia la derecha y luego un buen trecho hacia el frente para ver por dónde continuaba. En el último momento se detuvo, pues si hubiera avanzado un paso más, absorta en sus pensamientos como iba, se habría caído, y, asomándose con cuidado, vio cómo el borde de la pradera se cortaba en una pendiente muy pronunciada que antes no estaba allí. Naturalmente, al punto comprendió que no se había desprendido la montaña sino que era obra de las excavadoras. La tierra aún se veía fresca, húmeda, y a sus pies se extendía un inmenso solar en obras: allí habría de construirse la nueva autopista, a la que el señor Matrei, que ya no llegaba tan lejos caminando, había aludido de pasada y sin ningún entusiasmo, pues con la lentitud típica de allí sin duda aún pasarían varios años hasta que se terminara la susodicha autopista. Elisabeth recorrió el borde del inmenso socavón hacia un lado y otro, buscando un punto para bajar, pero por dondequiera que intentase empezar a descender deslizándose poco a poco siempre le faltaba algo a lo que agarrarse, la rama de algún arbusto, algún árbol... la tierra estaba revuelta por

todas partes y no crecía nada en ella, Elisabeth hubiera caído más de cien metros de golpe. Luego se puso a inspeccionar aquella obra en la que no trabajaba nadie, a lo lejos, dos peones trajinaban por el trazado de la nueva autopista, pero estaban demasiado lejos para que les alcanzara la voz incluso gritando, con lo cual no podía preguntarles desde allí por dónde era viable bajar y cómo se llegaba hasta el lago. Se sentó pensativa al borde del socavón y, descorazonada, volvió al Höhenweg, cuya entrada, poco transitada, le costó encontrar. Por allí, es decir por el Sendero 1, no se podía ir, de modo que tendría que intentarlo al día siguiente por los Senderos 7 u 8, porque algún camino habrían tenido que dejar, al menos una bajada desde el bosque hacia el lago. Regresó a casa, contempló un sol que de repente había asomado por entre los árboles, con poca fuerza pero con una luz casi hiriente, y a primera hora de la tarde, cuando el señor Matrei se despertó de su breve siesta y le preguntó intranquilo dónde había estado tanto tiempo, le contó que por el Höhenweg ya no se podía bajar y que allí estaban construyendo una carretera pero que a nadie se le había ocurrido poner un cartel de advertencia. El señor Matrei dijo que también aquello era típico, escandaloso, y cuánto se alegraba de que su hija ya estuviera de vuelta. Si es que era una exageración irse tan lejos, aquella excursión ya había empezado a preocuparle, era demasiado para los primeros días, y, por supuesto, siempre podía intentar ir por los otros caminos... y luego tomaron café en el jardín y hablaron del pasado, sobre todo de los tiempos que él recordaba con mayor viveza, sacando a colación por un instante, con cierta guasa, el viaje de novios a Marruecos de Robert y Liz, pues la señora Matrei y él, después de su boda, simplemente habían hecho una excursión a pie por el Rosental, cruzando el paso del Loibl hasta Bled, y había sido una excursión maravillosa aunque no un viaje en el pleno sentido de la palabra, y Elisabeth se puso en el lugar de Robert una vez más, pensó en el futuro de Robert, y por un momento, cansada, también en sus propios planes. Pero ahí la asaltó una turbia sospecha. Robert y Liz no tenían futuro, sólo tenían juventud, futuro no. Elisabeth no había conseguido su futuro y sus padres tampoco lo habían conseguido, nunca se conseguía ese futuro que siempre se le promete a la gente joven. Este verano ya no invitó a su padre a comer en el Sandwirt, y menos aún a ir a visitarla a París, ya no deseaba enseñarle París, pues desde que se negara a ir a la boda en Londres sabía muy bien que su padre jamás volvería a viajar ni a ir a ninguna parte. Su último viaje lo había realizado ya: a Sarajevo, a los setenta años.

El señor Matrei dijo que no se explicaba que no les hubiera llegado todavía ninguna postal de Robert y Liz, y Elisabeth le tranquilizó diciendo que los jóvenes no se habrían puesto a escribir nada más llegar, y que el correo también tardaba cada vez más, desde luego no había tardado tanto desde que se repartía en coches de caballos, y justo sucedía así desde que existían aviones tan rápidos y también trenes cada vez más veloces, de modo que no había motivo para intranquilizarse, ya llegaría la postal algún día antes de las Navidades. Aunque hablaran del futuro de Robert sin poder imaginar gran cosa de cómo sería, a Elisabeth le vino una extraña idea a la cabeza,

pues se acordó de Manes y de que una vez le había dicho riendo que ella lo había hecho todo al revés: primero había amado a un niño y después, mucho después, a un hombre. Y cuando una mujer vivía antes lo uno que lo otro difícilmente podía esperarse de ella que fuera normal del todo. Como Elisabeth no estaba segura de que aquello fuera realmente cierto, quiso hablarlo con su padre y le preguntó si aún recordaba cómo ella, muchos, muchos años atrás, había tenido un comportamiento muy raro hacia Robert y también se había portado de una forma imposible con su madre. El señor Matrei, que estaba tan feliz tomando su café, pues esa hora de después de la siesta era su momento preferido del día, dijo distraído: Huy, no, hija, yo no sé nada de eso, no te entiendo, ¿qué podía pasar entre tú y tu madre? Elisabeth empezó a contarle: De modo que no sabes que mamá y yo nos odiábamos... por Robert, naturalmente. Porque mamá no podía entender que una adolescente de dieciséis años a la que ya le había dicho no sólo una ni dos veces todo lo que una madre ha de decirle a una hija, de repente se pusiera a gritarle, preguntando si Robert de verdad era hijo suyo, puesto que igualmente podría haber sido de ella, de Elisabeth. Y aquella vez mamá debió de perder los nervios porque por primera y última vez en su vida me dio una bofetada, y eso, claro, me sacó más aún de mis casillas, y le dije que de una cosa estaba segura: yo jamás tendría un hijo porque no podría soportar que no fuera tan guapo y tan especial como Robert. Para mamá debió de ser una situación espantosa, porque era como si las dos peleáramos por aquel niño, y Robert, quien por supuesto no podía tener ni idea de qué manera había llegado a tener dos madres, aún la hacía desesperarse más porque sólo se dormía cuando estaba yo, ya sabes, después de ponerse enfermo la primera vez.

El señor Matrei no estaba enfadado pero sí disgustado. Dijo: Como de costumbre, ya estás exagerando una barbaridad, mamá era muy justa y os quería mucho a los dos.

Elisabeth se acaloró: Pero si eso no lo discuto, sólo quiero decir que ella sabía perfectamente la rabia que me daba que hubiera tenido ese hijo, y no es nada de extrañar que, con todas las vueltas que he dado, haya mantenido aquella primera promesa, aquella promesa infantil de no querer un hijo jamás porque ya estaba Robert en el mundo. Y mucho después volvió a pasar algo parecido, pero no sé por qué me lo contó mamá. Una vez que volví de Viena y que ni siquiera vosotros sabíais que iba a venir a casa, mamá encontró a Robert llorando, a oscuras en la escalera, y cuando dejó de llorar y ella lo devolvió a la cama el niño le dijo: yo lo sé, mamá, sé que ella va a venir, he soñado que viene, y «ella» era yo, claro. Incluso a día de hoy pienso a veces que Robert es la única persona de este mundo que se ha despertado alguna vez en mitad de la noche, alegrándose de verme, llorando y sabiendo que yo venía.

El señor Matrei meneó la cabeza y dijo: Esto es demasiado para mí, cómo iba a saber Robert nada que no supiéramos nosotros, eso sí, los dos habéis tenido siempre muchísima imaginación, Robert también, de tu madre y de mí no lo habéis heredado, eso seguro. Sólo sé que Robert, no sería más que un mocoso, me dijo que no quería que te casaras, que el hermano pequeño no lo permitiría, claro que yo también le dije

cuatro cosas a él. Perdóname, por supuesto que no quería herirte hablando de tu matrimonio. Elisabeth, que estaba pensando en otra cosa completamente distinta, muy aliviada, le consoló riendo: No me hieres en absoluto, mi matrimonio fue en verdad muy curioso, casi lo único curioso de toda mi vida, pero ya sé que tú nunca tragaste al tal Hugh.

En la pronunciada cuesta que caía hacia la autopista al llegar al abrupto final del Sendero 7, Elisabeth se tumbó en el suelo y, como había vuelto a salir un sol que picaba mucho, suspirando se quitó la chaqueta, los calcetines y los zapatos, nunca había sentido tanta sed, hubiera querido beberse entero el lago al que nunca lograba llegar de ninguna manera, aunque no tenía más remedio que hacerse a esa idea, y así consiguió dejar atrás el deseo de ir al lago, como había dejado atrás el deseo de tantas otras cosas, y fijó la mirada en el Dreiländereck^[12], allá abajo sí que le hubiera gustado vivir, en algún páramo junto a la frontera, donde aún quedaran campesinos y cazadores, y sin querer pensó que ya empezaba también ella con el «mis naciones»... Pero ella no las hubiera enviado a la muerte y tampoco hubiera llevado a cabo esas divisiones, puesto que todos vivían juntos en armonía... eso sí, en un perpetuo malentendido, en el odio y la rebelión, pero, claro, tampoco podía esperarse de los seres humanos que se rigieran por la razón, y, divertida, se acordó de su padre, que había declarado muy serio que por aquel entonces todo había sido de lo más irracional y raro, y que justo eso lo habían comprendido todos porque, en efecto, todos ellos eran gente rara, y hasta los revolucionarios se habían horrorizado cuando dejó de existir aquel imperio gigante, aquel imperio absurdo tan odiado, si bien aún más amado que odiado. A ella, en cambio, ya no llegaría a afectarle aquella enfermedad a punto de extinguirse, aunque también era cierto que no podía renegar de una cosa: de su moral, porque su moral era una moral de allí y no de París y no tenía nada que ver con Nueva York y tampoco demasiado con Viena. Por lo demás, nunca había dejado de viajar a Viena cada dos o tres años, más o menos durante una semana, siempre radiante de felicidad, cada vez con un acompañante distinto, a veces con dos, aunque estos acompañantes le aportaban tan poco como a sus amigos de Viena, que disfrutaban con las visitas de Elisabeth con cierta avidez. El único incidente en la jungla del cotilleo vienes fue causado, curiosamente, por el discreto Atti Altenwyl, que una vez comentó que no era justo decir nada de la Matri, pues nadie más que ella estaba hecho para vivir con una única persona, pero en eso quedó su inspiración pues los demás lo miraron casi sin respirar de asombro y él ya no supo explicar en qué se basaba aquella idea de Elisabeth, aunque su mujer pensó lo más inmediato: que en su día, antes de casarse, evidentemente, había tenido alguna aventura con la Matri, que era mayor que él, y Antoinette miró a Atti con mucho amor porque, en el fondo, se sentía orgullosa de aquel triunfo. Comentaba las visitas de Elisabeth con una docena de personas bajo el juramento de mantener la más absoluta discreción, y eso significaba que los secretos habrían estado mejor

guardados si se hubieran publicado en los periódicos porque así tal vez hubieran pasado desapercibidos a alguien. Para Antoinette, tratar con la Matrei era un enorme aliciente, pues ni siquiera los Altenwyl conocían a mucha gente en constante contacto con famosos y no sólo por su trabajo, a gente que se reuniera con esos personajes tan inaccesibles, con pintores y estrellas de cine, con políticos o con los Rothschild, para un *picnic* o para una cena, como si fuera lo más normal del mundo, y Antoinette, que como muchos vieneses profesaba una sincera admiración hacia los actores e invitaba de corazón y con mucho gusto a la misma Fanny Goldmann, naturalmente no había conocido nunca a verdaderas estrellas de cine, por las cuales mostraba el mayor de los desprecios aunque, por el mismo motivo, preguntaba con un interés pueril cómo eran las fiestas de Hollywood o qué aspecto tenía Liz Taylor en persona, y Elisabeth se sorprendía un poco, pues personas como los Altenwyl jamás pondrían siquiera un pie en aquel mundo medio de fantasía ni tratarían con aquellas personas cuyas vidas privadas se comentaban en las revistas, y por más que en todas partes hubiera actrices de cine y modelos que conseguían casarse con un aristócrata, a aquellas mujeres les habría costado entender que un Altenwyl prefiriera ponerse a barrer las calles antes que pasearse junto a una modelo, y de alguien como la princesa de Mónaco decía Antoinette: Yo no digo que haga mal papel ahora, pero la que ha sido actriz es actriz para toda la vida. Jamás hubiera formulado una frase semejante de Fanny Goldmann, pues de ella se limitaba a decir: ¡Nuestra Fanny en el papel de Ifigenia está soberbia!

En cualquier caso, cuando Elisabeth comentaba algo de su vida entre París y Nueva York, o más bien de las situaciones de las que había sido testigo, pues ella nunca hablaba de su propia vida, sus amigos de Viena o los oyentes ocasionales podían tener la impresión de ser, durante unos instantes, parte de un mundo distinto, lleno de esplendor, fascinante, porque Elisabeth contaba las cosas bien y con gracia, sólo que, en casa con su padre, todas aquellas historias se desvanecían en la nada, no sólo porque al señor Matrei no le interesaban en absoluto, sino porque ella misma se daba cuenta de que, a pesar de haber vivido todo aquello, en el fondo no lo había vivido, ya que en todas aquellas historias había algo hueco y sombrío, y lo más sombrío de todo era que, en efecto, ella había sido testigo de todo en tanto que su propia vida transcurría en paralelo de otra manera, la cual a menudo se le había escapado como a un espectador que va al cine a diario y vive anestesiado por ese mundo de ficción. De lo que realmente la hacía vibrar no contaba nada porque no se prestaba a ser contado de ninguna manera. Qué había que contar, por ejemplo, de uno de sus últimos reportajes, por el que había recibido un premio que ella llamaba sarcásticamente el León de Oro, teniendo en cuenta que, como tantos otros reportajes, trataba del problema del aborto, de todas aquellas historias para escandalizarse que muchas mujeres difundían voluntariamente y con un enorme eco. Esta vez, Elisabeth había tenido que luchar en un frente legal y consultar también con médicos y abogados, con múltiples autoridades defensoras de diferentes puntos de vista, si bien tampoco éstos habían sabido decirle nada más preciso que aquellas mujeres, y aunque

ella ya sabía que, una vez más, se trataba de un «tema» importante, el resultado final no tenía nada que ver con ello sino que era tan sólo una espantosa acumulación de frases precocinadas que igualmente hubiera podido inventar desde su escritorio, sin embargo Elisabeth, que ya no creía a nadie, había tenido que convertir todo aquello en un reportaje con fotografías y textos estremecedores, al mismo tiempo que se daba cuenta de que todo aquello no tenía nada que ver con ella, y para qué mencionar siquiera a aquellas mujeres y aquellos médicos, pues, de repente, mientras hablaba con un elegante y sensible ginecólogo se había adueñado de ella una rabia inexplicable, había estado a punto de levantarse del asiento y gritarle que con ella podía ahorrarse toda su comprensión y sus cautas formulaciones. ¡Qué le importaban a ella todas aquellas mujeres con sus dificultades y sus maridos y su incapacidad de pronunciar una sola palabra sincera sobre sus vidas! Y, de repente, había querido espetarle a aquel médico: Quién me pregunta a mí, quién pregunta alguna vez a personas que piensan por sí mismas y se atreven a vivir, y en qué me habéis convertido, a mí y a tantas otras con esta absurda actitud comprensiva ante cualquier problema, acaso no se le ha ocurrido a nadie que también se asesina a las personas cuando se les priva de la palabra y con ello de la posibilidad de vivir y de pensar.

Desde que cumpliera los cuarenta, cada vez estaba más aburrida. Jean Pierre, el segundo, dijo que en otra ocasión había vivido con una vienesa, una mujer de increíble ambición, intérprete simultánea, pero que era una suerte que aún quedasen mujeres como ella, como Elisabeth, de las que nunca abandonarían su carrera profesional por un hombre, pues era evidente que la abandonada había sido siempre ella, por algún idiota, y, desde luego, era una pena, por los dos, pues aquella aventura le había dejado bastante tocado y le asfixiaba la mera idea del matrimonio, incluso con alguien como Elisabeth.

Con quien mejor llegó a entenderse fue con Claude Marchand, que era un tipo tosco, peligroso, pero de un cinismo muy sincero, un tipo que, sin escrúpulos de ningún tipo, se había abierto camino en la industria del cine de París desde lo más bajo y también hacía negocios sucios, pues Claude tenía muchísima energía y eso a veces ejercía un efecto contagioso sobre ella, era tan sumamente corrupto que para Elisabeth resultaba una liberación estar con él en lugar de rodearse de decentes caballeros escrupulosos y tibios que la hubieran llenado de tristeza, y aunque el resto de su círculo no se explicaba qué hacía ella con aquel gángster de barrio, a Elisabeth le daba igual lo que dijeran, eso sí, para cuando dejaron de verse con frecuencia, los demás ya estaban a los pies de aquel hombre, a quien ya no tenían por un gángster porque había comprado dos empresas de doblaje y, después, no tardaría en llevar a la quiebra a un productor de cine tras otro. Con Elisabeth siguió saliendo a cenar de cuando en cuando, a celebrar los viejos tiempos en los que «andaba metido en ciertos asuntos».

Los éxitos cada vez mayores de Elisabeth con los hombres guardaban relación con su progresiva indiferencia, y había pasado a la historia lo que ella, a posteriori,

llamaría en tono burlón «épocas de sequía» o «de pasar sed», es decir: llorar después de cada pérdida y quedarse sola en un acto de rebeldía, mientras, orgullosa, continuaba con su vida como si no pasara nada, porque tampoco tenía nada mejor que hacer que seguir trabajando. Ya no entendía lo que en otro tiempo le había parecido tan trágico, pues ahora estaba tranquila, equilibrada, y era una mera cuestión de tiempo, de las circunstancias, que pusiera fin a aquella relación con Philippe que ya estaba durando demasiado. Porque para ella no era tan sencillo regresar a París y decirle a Philippe que cogiera su pijama, su maquinilla de afeitar y sus cuatro libros y desapareciera, antes aún tenía que hacer unas cuantas cosas por él. Las frases: «no te necesito, ni a ti ni a ningún otro, no tiene nada que ver contigo sino conmigo, y no tengo ganas de explicarlo» eran fáciles de pensar, pero no de decir, así, de golpe, nada más llegar a París. Tampoco podía decirle por las buenas: Mi hermano se ha casado y lo que había entre nosotros se acabó, espero que lo comprendas. Tan sólo había una esperanza que no quería y no podía permitirse dejar abierta, pues, si en casi treinta años no había encontrado a ningún hombre, a nadie de auténtica relevancia para ella, alguien imprescindible en su vida, alguien que fuera lo bastante fuerte y que proporcionara el misterio que llevaba esperando siempre, un hombre que fuera un hombre de verdad y no un bicho raro, un ser perdido, un débil o uno de esos pobrecillos necesitados de ayuda de los que tan lleno estaba el mundo, estaba claro que ese hombre no existía, y mientras no existiera ese Nuevo Hombre, la única opción era limitarse a ser amables y portarse bien los unos con los otros... durante cierto tiempo. A más no se podía aspirar, y lo mejor que podían hacer las mujeres y los hombres era guardar las distancias, tener que ver lo menos posible unos con otros hasta haber hallado ambos el camino para salir de la confusión y del trastorno, de la disonancia perpetua de todas las relaciones. Algún día podía llegar otra cosa, pero sólo algún día, y entonces sería realmente fuerte y misterioso y tendría verdadera grandeza, sería algo a lo que nadie dudaría en someterse de nuevo.

Por la noche, después de las noticias, sonó el teléfono, y Elisabeth bajó corriendo a cogerlo, sin oír que, meneando la cabeza, el señor Matrei decía que tanto telefonar debía de ser una verdadera enfermedad entre la gente joven de hoy en día. Philippe dijo que llevaba horas sin conseguir línea y que ya estaba muy intranquilo, y luego hablaron de todo un poco, y justo hoy la echaba mucho de menos porque esa mañana se había decidido que iba a trabajar como ayudante de Luc, que ya estaba empezando los preparativos de su nueva película, y que qué le parecía a ella. Elisabeth dijo que era maravilloso, y luego repitió varias veces que, desde luego, era la mejor noticia en mucho tiempo, y que lo celebrarían juntos a su regreso, y al mismo tiempo pensaba que, si bien ella se había mostrado escéptica al respecto, al final le habían salido bien las cosas a Philippe y que, después de todo, el muchacho era de una naturaleza más afortunada de lo que creía, y ya había olvidado que aquel éxito se lo debía a ella, pero se alegró de todas formas para que a él no se le ocurriera volver a pensarlo siquiera, y

únicamente se preguntó por qué Philippe seguiría llamándola, con tan poca imaginación, *mon chou* o *mon poulet*, porque eso la sacaba de sus casillas desde hacía años, de Claude, de Jean Pierre, de Jean Marie, de Maurice, del segundo Jean Pierre... siempre era una *chérie* o *chou*. *Oui, mon chou*, se oyó responder con cierta malicia en la voz, y luego se puso a hablar muy alegre de las vacaciones, de lo maravilloso que era todo, y de que al día siguiente iría a nadar, y Philippe, una vez soltada su novedad, le dijo que a ver si lograba engordar un poco porque le preocupaba de verdad lo mucho que había adelgazado Elisabeth últimamente, claro que, allí en el campo, seguro que le daban bien de comer, y entonces los dos dijeron: Bueno, pues hasta pronto, y de nuevo: Hasta muy pronto.

Allí, «en el campo», como decía Philippe, Elisabeth y su padre no comían más que un poco de fiambre y algo de ensalada y fruta, y bebían leche entera o leche agria, que, por supuesto, no les llegaba directa de la vaca sino de la lechería estatal. Allí de campestre no había nada, eran las afueras de la ciudad, y de una ciudad de provincias que, al mismo tiempo, era capital de su estado federal, incluso estaba conectada a las redes ferroviarias y aéreas internacionales mediante un tren y un vuelo, en el cual, cualquiera sabía por qué, se podía ir a Londres vía Frankfurt. Entre Carintia e Inglaterra no existía relación alguna, más necesarias hubieran sido las conexiones hacia el sur o el este, sin embargo, por raro que pareciera, aquellos vuelos siempre iban saturados de pasajeros, aunque lo más probable era que todos los ingleses se bajaran en Frankfurt y que allí se subieran los alemanes, porque a Carintia sólo llegaban alemanes, y Robert, que tomaba ese vuelo cuando venía, siempre era el único que continuaba en el avión hasta Klagenfurt. Para Elisabeth, todas las conexiones eran malas, tenía que viajar vía Viena, Milán o incluso Venecia, y luego aún le quedaban varias horas en el tren hasta llegar a casa, por eso le decía al señor Matrei: Compréndelo, no es por falta de cariño, es que el viaje es un gran esfuerzo y odio los viajes porque me paso la vida viajando por trabajo, para mí Venecia no es la Venecia de los demás sino un tormento, con todo ese trajín de trenes, y Milán es un desastre y de Viena mejor ni hablamos, porque aún he de aguantar horas oyendo las conversaciones del tren regional, conversaciones que entiendo entre gente a la que entiendo perfectamente. Es mucho más fácil ir y volver entre Dakar y París, porque uno no entiende cada palabra que oye, no las entiende hasta la raíz, no capta cada mal uso, cada falseamiento del lenguaje, cada vulgaridad. ¿Dónde estaba la gente que hablaba como el señor Matrei o por lo menos como Robert? Si por ella fuera se pondría tapones de cera en los oídos para que no la ofendieran así, durante horas, en un tren austríaco.

El señor Matrei no acababa de entenderla pero asentía con la cabeza: Por eso no viajo, y ya no quiero hablar con nadie. A él le gustaban las palabras dialectales igual que a su hija, sabía introducirlas en una frase en el momento preciso al mismo tiempo que hacía gala de su buena entonación alemana ortodoxa^[13], siempre acorde con su persona y su gesto, con su estado de ánimo, y, ojo avizor en busca de errores, le

gustaba leer en alto algunas frases del periódico con comentarios del tipo: ¿De dónde habrán sacado semejante expresión? «Minar la autoestima», lo que hay que oír. ¿Me estás escuchando, hija? En cualquier caso, el señor Matrei se sentía muy orgulloso de que Elisabeth y Robert hablaran tantos idiomas, no se explicaba de quién lo habrían heredado, de su madre, que hablaba el alemán duro de los eslavos, seguro que no, y de él tampoco, pues jamás había aprendido ninguna lengua extranjera, ni siquiera el esloveno. Elisabeth no quería decirle que el don de lenguas de Robert tampoco era para tanto, que tan sólo su profesión le había obligado a aprender dos idiomas, y que si su inglés había llegado a ser tan bueno era por Liz; ella, en cambio, que tan poco talento había revelado cuando escribía en alemán en Viena, escribía curiosamente bien en francés e inglés, aunque no hubiera llegado nunca al bilingüismo de Trotta, y no hablaba estas lenguas a la perfección pero sí era más lista y se adaptaba mejor a su entorno que Robert, tenía mejor oído y era más cauta, pues jamás había intentado hablar un inglés especial, sino que se mantenía en el registro neutro, sin querer copiar las peculiaridades británicas o americanas de sus amigos, Trotta había hecho el comentario crítico de que ella nunca hablaría francés tan bien como él, pero con eso quería decir que no deseaba que lo hiciera: era mejor porque así nunca caería en el estado de disolución que él padecía, pues sentía que, al disolverse las lenguas, lo mismo le había sucedido a su persona. Al principio, a veces la ayudaba a corregir sus textos cuando ella se sentía insegura, y luego un buen día declaró que ella tenía competencia suficiente para sus «menesteres profesionales», por utilizar un término suave... luego, en América, Elisabeth había vuelto a contar con cierta ayuda, aunque con el inglés había progresado mucho más deprisa, pues ya en la práctica cotidiana muchos profesionales optaban por un lenguaje más sencillo de leer y el que la admitiesen como profesional no constituyó una excepción tan grande como en Francia. Trotta hablaba alemán como un extranjero, aprendido de un extranjero alemán, y hablaba francés como un francés, pero no le concedía ninguna importancia, como tampoco a hablar otros dos o tres idiomas eslavos con la fluidez de alguien que simplemente ha pasado mucho tiempo fuera, y una vez le dijo a Elisabeth: He descubierto que ya no soy de ninguna parte, ni me siento ni añoro una tierra propia en ninguna parte, pero hubo una vez en la que sí pensé que tenía un corazón y que mi tierra era Austria. No obstante, todo termina en algún momento, y uno pierde el corazón y pierde un cierto espíritu... y tan sólo hay algo en mi interior que sangra, pero no sé lo que es.

Elisabeth comprendía ahora, al hablar con su padre, que Trotta era austríaco a pesar de todo, austríaco en la negación de lo austríaco, como su padre, que no renegaba de nada pero mostraba desprecio por cuanto tratara de conservar la apariencia y el «como si», como si aún pudiera hablarse de aquel espíritu... y porfiaba que el gran punto de inflexión no había sido el año 1938, sino que el gran desgarró databa de mucho más atrás, que cuanto había sucedido después no era sino la consecuencia de aquel desgarró anterior, que su mundo, aun siendo un mundo que

él mismo ya tampoco había conocido bien, se había visto aniquilado por completo en 1914, él no sabía cómo había ido a parar a aquel tiempo, un funcionario en una época en la que ya no existían los funcionarios, o nada de lo que él asociaba con tal concepto. Le gustaba hablar —y lo hacía con tanto respeto como actitud crítica— de los tiempos pasados, era consciente de cada error y no se le pasaba ninguno, como si los hubiera cometido él mismo, y Elisabeth le escuchaba cada vez con más gusto a medida que se hacía viejo, pues antes le había interesado poco lo que decía su padre. Antes sólo existía para ella el futuro, y también sabía que, por más que su padre, en lo más profundo de su ser, no fuera socialista, porque era imposible que lo fuera sin traicionarse a sí mismo, siempre había dado su voto «al rojo». Él solía decir entre dientes: «Para acelerar la cosa». Y para que cesara de una vez toda aquella hipocresía, porque no le gustaba nada aquel tira y afloja con tanta reminiscencia del pasado, pues lo que él recordaba era algo muy distinto, y eso ya no le importaba a nadie del presente. También se había limitado a sonreír cuando Robert, al final de su primer curso en la universidad, comunicó con aire triunfal que había votado a los comunistas, y dijo: Mira con lo que nos sale el mocoso... ahora va y vota a los rojos, la culpa será de Elisabeth y de sus sermones de aire ilustrado, ¿a que sí? El mundo casi fue realmente grande una vez y también un poco más avanzado, pero eso no os lo voy a explicar. Seguid así, me parece bien.

En aquella ocasión, Elisabeth había sentido verdadero apuro y había protestado en voz alta: Yo no he hecho más que comentar y decir lo que pienso y jamás le he dado consejos de nada a nadie, a ver por qué iba a tener yo influencia alguna en el mocoso este. Él sabrá lo que hace, y tú siempre has querido incitarnos a pensar por nuestra cuenta y a que no pongamos la excusa de que somos jóvenes, tú dices que no deben permitirse las niñerías, y menos con estas cosas, ni siquiera en gente muy joven, pues lo que un niño no comprende ya a los doce o trece años tampoco lo comprenderá más adelante. Claro que eres tú quien tiene la culpa con tus ideas, hija, no yo.

Al señor Matrei lo querían muchísimo tanto su hija como su hijo, y sin duda se debía a que él nunca hacía ni decía nada para que lo quisieran, ni siquiera sus hijos, nunca hacía mención de los sacrificios —y habían sido muchos— que hiciera por esos hijos, nunca dijo cómo había comprado aquella casa del Laubenweg, pagando una entrada y letras durante décadas, y no esperaba que ninguno se lo agradeciera, como tampoco que le agradecieran el no haber vuelto a casarse, porque iba en contra de sus principios obligar a Elisabeth y a Robert a aceptar una madrastra, y en eso había hecho bien, porque tras la muerte de la señora Matrei, los dos se volvían insoportables, inconscientemente despiadados, cuando notaban que alguna mujer se acercaba a su padre.

Elisabeth, que una vez invitó a Robert a París cuando todavía estudiaba el bachillerato, tomó conciencia de ello tarde: ¿No te has dado cuenta de que, en el fondo, todo lo que tenemos se lo debemos a él? Es un gran hombre y nosotros dos somos horribles y nunca le hemos dado las gracias. Imagínate que hubiera vuelto a

casarse, y hubiera estado en su perfecto derecho de hacerlo, cómo nos habríamos puesto contra él y contra la otra mujer. Hoy lo entenderíamos, pero consentirlo de corazón... no estoy muy segura. Se me ha ocurrido que, en tiempos, le hacía cierta gracia aquella señora Jonke, aquella profesora tan guapa que tuviste, y no me cabe duda de que a ella le gustaba él, porque bien que trataba de ganarse mis simpatías, como si todo dependiera de mí y no de él, y era una buena mujer y hubieran podido vivir juntos tan a gusto. Con todo, ¿tú nos ves a ti y a mí con la señora Jonke en el Laubenweg? Yo no. Y vamos a dejarlo completamente solo, también tú te irás pronto y sólo pasarás por casa de manera fugaz, y ¿qué piensas hacer con la casa, mi querido Robert? Porque un día la venderás, esta vez me lo comentó y acordamos que la casa será para ti pero que yo, por mi edad, por mi avanzada edad, podría conservar el derecho a una habitación. Espero no incordiarte llegando a una edad avanzada, y después de todo, ya tengo mi propia casa, y en algún momento me casaré, cuando tenga tiempo. Pero si te casas tú la cosa será crítica, pues podría ser que yo no le cayera bien a tu mujer o ella a mí, y entonces todo lo que ha hecho nuestro padre por nosotros sería en vano.

Elisabeth cerró aquel capítulo doloroso sin darle demasiadas vueltas: Le he dicho a nuestro padre que se lo piense diez veces más, así al menos tendrá algo en que pensar, alternando con las malas notas que sacas en latín y las veces que voy de visita.

Elisabeth no tomó conciencia hasta aquel día en que Robert y ella se encontraron sentados en la Place du Tertre, ella explicándole algo de lo que él no entendía nada todavía, él contándole a ella las primeras historias del colegio que le habían impresionado, sobre todo las cosas que hablaban los compañeros, lo que hablaban de las mujeres, y como él reconoció a su vez que tenía que fingir que sabía mucho de mujeres para que los demás no se pensarán que no tenía experiencia, Elisabeth le explicó unas cuantas cosas de gran ayuda y confirmó que las suposiciones de su hermano eran ciertas: los demás necesitaban hacer tanto alarde para disimular, porque si de verdad hubieran tenido ya alguna experiencia con «ciertas mujeres» no hablarían de ello. Elisabeth se sintió útil como en los primeros meses, cuando le lavaba los pañales y cuando las noches en vela que les hacía pasar Robert eran lo más importante en su vida, porque el bebé se despertaba por las noches una y otra vez y chillaba, pero no para que acudiera la señora Matrei sino siempre Elisabeth... y entonces se dio cuenta de que acababa de decir una atrocidad de su padre con la frase «así tendrá algo en que pensar», y ahí dejó de escuchar a Robert, lo que ella había dicho estaba dicho sin remedio, esperaba que al menos su hermano no le hubiera prestado demasiada atención, sumido como estaba en sus conflictos interiores propios de la pubertad y sus problemas en la escuela. Pensando en que eres el primero de la clase en química pero no te gusta el latín, entonces... y Elisabeth no pronunció precisamente un discurso aleccionador, pero, entre el primer aperitivo que Robert tomaba en su vida al suave atardecer que caía sobre la Place du Tertre y entre las

suaves palabras que tranquilizaban al muchacho, pues no haberse acostado con ninguna chica a los dieciséis años no era la mayor vergüenza del mundo, sino más bien una fanfarronada por parte de quienes pretendían lo contrario... dado que ella era una persona abierta y tenía experiencia, si es que podía hablarse de experiencia en tal sentido, de eso sabía mucho más aunque no fuera una de «ciertas mujeres», Elisabeth pensó en su padre con ternura y con profundo amor y se prometió a sí misma no volver a decir nada que le doliera más a ella que al afectado. Esa noche echó de su cama a Robert, que, un tanto achispado por el primer Pernod de su vida, empezaba a acariciarle el cabello y la cara, porque aquello tenía que acabar de manera definitiva, o mejor dicho: más valía que no comenzase siquiera.

Durante el pequeño paseo hacia los lagos que dieron después de comer, Elisabeth le contó al señor Matrei que por el Sendero 8 tampoco se llegaba más que hasta la obra de la autopista, y él dijo que no le sorprendía nada, que siempre había tenido razón en mostrarse muy pesimista al juzgar la competencia de los ingenieros responsables de planificar aquel tipo de obras. Tal vez Elisabeth podía intentarlo por un sitio mucho más allá del Sendero 1, pasado el restaurante Jerolitsch, por ahí tenía que haber una pendiente, un camino que bajara hasta el lago, y luego, si tampoco por allí había forma de bajar, él haría una excepción e irían en el autobús hasta el lago, por la mañana temprano, antes de correr el peligro de encontrarse con gente, con turistas y autocares llenos. Era una excepción porque él no iba al lago a nadar —las contadas veces que lo hacía— hasta mediados de septiembre, cuando sabía que estaría a salvo de la ocupación turística, de la gran afluencia de coches y del ruido. No entendía cómo su hija podía decir que el Laubenweg le resultaba silencioso cuando a veces se oía mucho más ruido que en su piso de París, claro que era un ruido muy diferente: ladraba un perro, un coche doblaba la esquina y, a los diez minutos, otro... y esos ruidos aislados y aleatorios sobresaltan mucho más que el ruido de fondo homogéneo de una gran ciudad. El señor Matrei se ponía furioso cuando pasaba algún coche haciendo ruido sin miramientos, y, en una ocasión, uno incluso había tenido la osadía de aparcar justo delante de la puerta de su jardín durante todo el día, es más: una noche incluso habían parado dos coches por allí cerca, y sus ocupantes se habían puesto a hablar en alto y a dar portazos, y todo eso casi a medianoche, aunque aquella vez sí que había perdido la paciencia y les había dado una voz por la ventana. Para su satisfacción, al punto se había hecho el silencio, y el incidente, un verdadero escándalo, no había vuelto a repetirse. Algunas veces también oían a algún niño del vecindario, pocas pero tanto más notorias, más aún que la voz de una mujer joven que llamaba a los niños a gritos por la ventana: ¡Buuubi! ¡Puppi! ¡Buuubi!

A pesar de todo, allí reinaba el silencio, si bien el silencio era fruto de la ausencia de movimiento en las casas, porque en todo el barrio, que en tiempos, cuando Elisabeth era joven, bullía de vida y todas las casas —en propiedad pagada a plazos

— estaban habitadas por parejas jóvenes con niños, no vivían ahora más que unas cuantas personas mayores. El señor Matrei comentó sin alterarse: La señora Jonas, te acuerdas, la que era de Estiria y tenía ese sobrino que ahora por lo visto es famoso, que hasta en la radio se habla de él, un poeta que siempre escribe cosas que no hay quien entienda, pero, claro, quién soy yo para atreverme a juzgar... pues se murió este invierno. Los hijos de la señora Vuk se han marchado al Canadá. Edmund, a ver que piense, debe de ser un poco mayor que Robert, se ha marchado a América. El señor Arrighi murió hace un mes. ¿Que no te acuerdas de él? El que trabajaba en la compañía eléctrica.

Elisabeth estaba acostumbrada a oír las noticias de defunciones en el barrio, cada año había alguna nueva y ella trataba de cambiar de tema preguntando por los «vecinitos» de antaño. Helga se había marchado a Escocia porque se había casado, sí, claro, con un escocés, Lise se había mudado a Graz y se había divorciado por segunda vez, ahora daba clases particulares de piano allí. Jolanda, que a veces venía de Viena a pasar las vacaciones de verano, ya no le saludaba y, desde luego, él, el señor Matrei, no iba a saludar a esa tonta engreída que ahora hacía como si no lo conociera. La tienda de ultramarinos que había justo enfrente del hospicio seguía llamándose como antes pero los propietarios actuales eran de fuera e intentaban transformar el negocio en un *supermarket*. El señor Matrei no pronunciaba bien la palabra, tropezaba a propósito, por pura ironía, y explicaba a Elisabeth lo que era una supertienda de ésas: había que coger un cestillo de alambre y recorrer el diminuto local buscando las cosas y luego pagar en la caja, aunque hubiera cinco empleados mano sobre mano, rondando por allí tan frescos, eso sí, siempre se alegraban de ver entrar a un cliente. Elisabeth fue a hacer la compra unos días más tarde para observar el cambio, enseguida la reconocieron los nuevos dueños, a los que ella no conocía, y no sabía muy bien cómo moverse ni qué hacer: Ay, señorita, de nuevo aquí entre nosotros, Minni, ven a ayudar a la señorita, no sabe dónde está nada, claro... pero, bueno, vaya sorpresa, su señor papá seguro que está muy feliz, mire que se conserva bien su señor papá, un hombre fuerte y siempre el primero a primera hora de la mañana. Elisabeth asentía con la cabeza y daba las gracias, todos la ayudaron a encontrar las botellas de leche, que realmente no había forma de ver en el último rincón de la tienda, y luego todo fue como siempre, en el fondo hubiera podido ahorrarse el cestillo y dejarlo donde estaba porque le trajeron todo lo que necesitaba. El nuevo propietario, el señor Bichler, cobraba con gesto solemne pero con una lentitud tremenda, y así se las ingenió para averiguar que Elisabeth vivía en París. Ay, sí, París... suspiró, hasta el año siguiente no podría viajar a París con su mujer, ese año ya habían estado en las islas Canarias, en Tenerife, antes de empezar la temporada alta. En la papelería, donde Elisabeth entró a comprar una libreta y postales, al principio no reconoció a la mujer del mostrador, una mujer gris de tez basta, pero luego se dieron la mano, habían ido a la misma clase en el colegio, de modo que ella era la muchacha que, junto con algunas otras, se había visto envuelta

en un escándalo, pues el dueño de la papelería se citaba allí con varias jovencitas de quince años y al parecer tenía todo un harén de menores, aunque era obvio que con aquella —Elisabeth había olvidado el nombre: Linde o Gerlinde— se había tenido que casar. La mujer respiraba con dificultad porque estaba muy gorda, su marido había muerto tres años atrás, no lo había tenido fácil en la vida, aquel hombre hubiera podido ser su padre, aunque hoy en día agradecía cómo, en tiempos, la envidiaban algunas porque era el hombre más guapo en muchos kilómetros a la redonda y al final se había casado con ella. La mujer suspiró: Qué vida, digo, una auténtica novela... aunque no una novela bonita, eso también te lo digo. ¿Y tú, qué? Espero que la vida te haya ahorrado cosas como éstas, eso sí, de aspecto estás exactamente igual que siempre, la flacucha-larguirucha te decíamos siempre, ¿te acuerdas? Elisabeth rió un poco y prometió volver, aunque sin duda no volvería a pisar aquella tienda, y regresó a casa con pocas ganas de hablar.

Durante la comida intentó contarle a su padre las dos visitas a las tiendas de un modo gracioso, pero luego calló de repente y no quiso mencionar a la mujer de la papelería. Su padre quería echarse y ella tan sólo le dijo: Voy a salir otra vez aunque sea tarde, por favor no me esperes para tomar el café.

Volvió por el Höhenweg, indecisa sobre si intentar recorrer una vez más uno de los tres senderos, y luego tomó otra ruta, hacia el norte, por el Sendero 10, hacia el castillo Falkenberg, un sendero cada vez más angosto y oscuro, húmedo, aunque así al menos no iba en dirección al lago. Delante del castillo Falkenberg, que claramente se había convertido en un hotel o en una pensión-hotel, había muchos coches alemanes, pero luego no había nadie en el jardín, en aquellas mesas de colores que chirriaban en el entorno del castillo, porque los huéspedes dormían la siesta o se habían ido al lago, con lo cual Elisabeth se sentó a fumar un cigarrillo, asegurándose de llevar al menos veinte schillings en el bolsillo, pues en el caso de que vinieran a atender las mesas tendría que pedir un café o un té para legitimar su presencia. El mayor error había sido, probablemente, tirar la toalla tan pronto en Nueva York, pues cuando se casó con Hugh ya no creía seguir amando a Trotta, y Hugh era el hombre adecuado, y en esa tarde con vistas al bosque pensó una última vez que, por desgracia, había hecho una cosa rematadamente mal, jamás hubiera debido acceder a aquel divorcio, solicitado por carta, tendría que haber ido tras él de inmediato, porque tal vez no mereciera ser tomada tan en serio aquella carta que contenía toda una sarta de autorreproches embrollados, entre ellos el de que él jamás hubiera debido arrastrarla a aquella ciénaga que era su vida, y también decía algo como «va más allá de mis fuerzas explicártelo, mereces algo mejor, te deseo que encuentres un príncipe de cuento y me olvides...», pero ella no recordaba con exactitud aquella carta de culpabilidad con el ruego de su aprobación del divorcio, y ni siquiera ahora comprendía qué podía ser lo que iba más allá de las fuerzas de Hugh, cuando ambos se entendían tan bien. Lo que, por el contrario, recordaba con absoluta exactitud

porque —en Nueva York siempre y luego alguna vez más— le daba ánimo, era el comienzo de la primera carta de Hugh, encabezada: «Uncrowned Queen of my heart^[14]»... y amó el comienzo de aquella carta durante más tiempo que a Hugh, el cual quizá había entendido mal algo o quizá se encontraba de nuevo en una de sus fases de confusión total tras huir tres semanas a México con un joven italiano, lo cual estuvo a punto de matarla de preocupación. Ella le había escrito una carta en tono bastante patético, diciéndole que, por supuesto, respetaba su deseo pero no comprendía por qué se echaba toda la culpa de algo que ella no veía por ninguna parte, que siempre podría contar con ella y también que estaba dispuesta a esperarle, mas como la carta de Elisabeth tal vez fuera igual de confusa que la de Hugh, la única respuesta que recibió fue el breve ruego de que no le esperara, él tenía que superar aquella crisis solo y únicamente le pedía el gran favor de que le perdonase y luego el segundo gran favor de concederle el divorcio. Gino sufría mucho al ver a Hugh tan sumido en sus cavilaciones, siempre pensando en ella, y la mera idea de ser el causante de aquella separación le hacía sufrir. Que el tal Gino, a quien Elisabeth sólo había visto una vez, sufriera tantísimo por los asuntos de ella y de Hugh nunca dejó de ser un misterio, así que, una vez más, Hugh creía haber encontrado a alguien lleno de misterios y sensibilidades que ella no hallaba por ningún lado, porque el único sensible era Hugh, Gino no lo era en absoluto. Con Hugh hubiera podido salir todo bien, él había sido el único al que se le ocurrían cosas que, aún hoy, la hacían feliz, porque Hugh era realmente generoso y la había tratado muy bien. Una vez le habían encargado un trabajo con un adelanto de cien dólares, y con aquellos primeros y preciados dólares le había comprado tantas flores que les faltaron jarrones y recipientes donde meterlos y al final tuvieron que ponerlas en la bañera y el lavabo, y también le había comprado un perfume caro, en un frasco enorme, y Elisabeth se había quedado atónita, no tanto de alegría sino porque todavía tenían pendiente el recibo del teléfono y ella andaba muy mal de dinero... y ahora, al levantarse y despedirse con la mirada de aquel castillo que había dejado de ser castillo, pues no había venido ninguna camarera y así se había ahorrado un café alemán, se vio de nuevo con todo el brazo cubierto de flores, sin saber si reír o llorar, como en una película en la que los hombres envían a la diva tantas flores que la protagonista se desmaya bajo su peso, y sin alcanzar a decir más que: *You are a fool, oh Hugh, my darling, you must be crazy!*^[15] Hoy, Elisabeth ya no tenía ninguna duda: un recibo del teléfono pagado no se habría grabado en su memoria, sin embargo, aquel que apenas habían podido pagar, las flores y el dinero derrochado, todo lo que Hugh había hecho por puro amor al arte... en todo eso se había convertido para ella el propio Hugh, así seguía viviendo en su corazón, glorificado, mientras que él —en México o en el lugar que ahora estuviese de moda, empezando «desde cero», pues también eso había estado de moda en tiempos— tal vez ya no se acordaría de aquel momento en que había desbordado el apartamento con sus flores y, exultante, había asegurado a Elisabeth que Bandit era el único perfume adecuado para ella, sino que estaría en

Suramérica o tal vez de regreso en Nueva York, dándole vueltas a algún asunto de mucho sufrir cuyos motivos Elisabeth, una vez más, no vería, o tal vez estaría pensando en algo bonito, en algún momento bonito del que no se acordaba ella.

Ante la bifurcación hacia el Sendero 5 se sentó, naturalmente, podía bajar por allí pasando por el castillo Freyenthurm, aunque sólo hasta el hotel Plattenwirt, lo cual, naturalmente, no era la solución. Desde allí, donde aún no terminaba la ciudad, sólo tenía que caminar un poco hasta lo que llamaban el Paseo de la Playa, pero eso era justo lo que no quería, pues implicaba salir a una carretera, y tenía que evitar la carretera de Villach, no podía mezclarse con toda la gente que la recorría como en una procesión, naturalmente sí podía, tampoco habría sido para tanto, pero aquella desembocadura demasiado temprana de los Senderos 5 y 6 no le hacía ninguna gracia, y aunque emprendió la bajada, luego se encontró en una pradera, tenía que haber buscado un camino mejor, desde allí ni siquiera se veía el lago, seguro que era posible continuar por alguna parte, pero ir campo a través estaba prohibido, y tras deambular un poco por la zona en busca de algún pequeño sendero, dio media vuelta y regresó a casa por el Höhenweg.

El teléfono había sido, durante mucho tiempo, una de las grandes batallas del señor Matrei, no estaba dispuesto a tolerar ningún teléfono en el Laubenweg, y se burlaba del afán de sus hijos por hablar por teléfono, de aquellas llamadas de hombres que no sabían alemán y preguntaban por Elisabeth, y todas las veces le decía: Apúntame lo que has derrochado hablando por teléfono que luego tiene que pagar el recibo Robert. Aunque la primera en intentar convencerle para que instalara el teléfono había sido ella, convencida de que le engatusaría, pues al fin y al cabo era su hija, el padre al final había cedido gracias a la estrategia de Robert. Eso sí: también sería Robert quien pagase los recibos, aunque Elisabeth, a su vez, pagaba sus llamadas a su hermano. El señor Matrei consentía que pagasen con una sonrisa, no porque él no quisiera hacerlo, de hecho, hubiera estado dispuesto a asumir todos los gastos, pero no estaba mal que sus hijos aprendieran y realizaran un pequeño acto de reparación simbólico. Al principio no le gustaba nada aquel aparato porque molestaba, sonaba el timbre a la hora de la siesta o cuando estaba en el jardín o escuchando las noticias. Y a esas horas intempestivas solían llamarle sus hijos desde algún lugar del extranjero. Al principio simplemente se mostraba fastidiado y les decía siempre: Mejor escíbeme, escíbeme una carta, ya hace tres semanas que no me escribes, y ahora están dando las noticias.

Más adelante se alegraría de que Robert se hubiese salido con la suya, y, después de todo, revivía cuando le llamaban sus hijos. Tan sólo una vez se había quedado consternado, una vez que Elisabeth había llamado desde Nueva York y él había creído que estaba gravemente enferma, aunque ella sólo le había pedido que le enviase un documento de certificación de la nacionalidad austriaca porque ya no tenía su documentación completa y tampoco encontraba la partida de nacimiento. Más adelante habría de enterarse de que aquella alocada hija suya había perdido por entero

el sentido de la medida y que la llamada obedecía a que quería poder casarse en cualquier país, aunque igualmente hubiera podido pedir el certificado por carta.

A la mañana siguiente llovía, y Elisabeth y el señor Matrei desayunaban juntos, el periódico aún no había llegado y ella le dijo: No sé yo, este verano... no parece que llegue a serlo. El señor Matrei se disculpó por aquel verano carintio y dijo que, a pesar de todo, podían aventurarse a ir a bañarse al lago, a la parte de la playa, porque la lluvia disuadiría a muchos, y podían ir a Loretto, ya que a Elisabeth tampoco le molestaba la lluvia y ninguno de los dos quería encontrarse con gente. Tomaron un autobús y en Heiligen-Geist-Platz hicieron transbordo al autobús que llevaba hasta el lago.

Ya no era el viejo tranvía de vagones abiertos que circulaba en verano, lleno de niños jugueteando en la plataforma mientras los adultos iban sentados en bancos enfrentados. Ningún lugar del mundo había tenido un tranvía descubierto tan bonito como el de Klagenfurt. Ahora se iba en un autobús que era igual que los autobuses de todas partes. Caminaron hasta Loretto y fueron los primeros y los únicos que habían ido a nadar.

Elisabeth ya llevaba el bañador puesto debajo del vestido, que se quitó en la pasarela. El señor Matrei se cambió ceremoniosamente en una cabina y luego nadaron durante unos veinte minutos en un agua bastante fría. Ni él ni ella tenían ganas de volver y meterse en casa, pues aquello era maravilloso, aunque Elisabeth tenía frío y braceaba como una posesa para calentarse, y es que era obvio que había adelgazado en extremo en los últimos meses. A pesar de todo, volvió a echarse a nadar y se encontraron los dos dentro del agua, junto a un tronco de árbol que flotaba como una boya. *Daddy, I love you*, le gritó ella, y él alzó la voz para decir: ¿Qué has dicho? Ella gritó: Nada. Tengo frío.

De regreso a casa pasaron junto a las inmensas instalaciones para acampar, y el señor Matrei dejó escapar algunos comentarios mordaces, con no poca satisfacción, acerca de que aquella gente estaba más apretada que los arenques en lata, y, encima, voluntariamente. Cuando estaba solo, aquellas instalaciones eran motivo suficiente para no pasar por allí, seguía gustándole nadar tanto como antes, pero al lago ya no se podía ir antes del otoño porque no había más que alemanes. El señor Matrei reflexionaba en voz alta: Si es que ya no hay más que alemanes, ahora sí que han conseguido comprarnos del todo, y los inútiles de nuestro gobierno no les han puesto trabas de ningún tipo, no será porque no se veía venir... Ahora, a su edad, aún le tocaba ver Carintia en manos de los alemanes. Los campesinos les habían vendido prácticamente todas sus tierras, y los nuevos propietarios ya se las daban de señores en lugar de comportarse como los invitados que eran. Durante la temporada alta, a los austríacos no se dignaban ni a mirarlos, y luego las cartas de los restaurantes estaban llenas de términos disparatados que ningún austríaco entendía, para el *Topfenkuchen* de toda la vida había visto la denominación «tarta de queso crema», tras lo cual se

había levantado de la mesa y no había vuelto a poner un pie en el hotel Ronacher. El señor Matrei decía indignado: Nuestra gente agachaba la cabeza creyendo que era bueno para las divisas y el turismo. Pero aquello no tenía nada que ver con el turismo sino que era muy similar a una ocupación. Elisabeth sabía que, desde hacía muchos años, media cuenca del Rin-Ruhr veraneaba en Carintia, los ricos no, por supuesto, éstos se guardarían mucho de viajar a un país tan pobre, pero como decía su padre, por mucho que éste votase «al rojo», eran esos proletarios venidos a más con sus cochazos asquerosos los que echaban a perder el país, y para él era sencillamente demasiado. Oír en todas partes a aquella chusma que ya andaba dando voces y bebiendo cerveza desde las nueve de la mañana y no paraba de lavar el coche para bajarse a «Fenecia», según su peculiar pronunciación, pisando bien el acelerador. Elisabeth pensaba para sus adentros, pues no quería irritar a su padre más todavía: Este lago tampoco es ya el lago que un día fue nuestro, el agua sabe distinta y también se nada de distinta manera. Sólo ha sido nuestro durante media hora bajo la lluvia. El señor Matrei se repetía de regreso a la ciudad: Los alemanes se han adueñado de todo, y hubiera deseado no vivirlo. Habían perdido la guerra, pero sólo en apariencia, ahora estaban conquistando Austria de verdad, ahora se la podían comprar, y eso era mucho peor, un país comprable le parecía mucho peor que un país descarriado y hecho pedazos. Uno no debía dejarse comprar.

Elisabeth no sabía por qué, de pronto, no había podido evitar acordarse de aquel Trotta, capitán de distrito en tiempos de la monarquía, que para ella no era más que una leyenda, pero pensó: Cuánto se parecen mi padre y él. Más de medio siglo más tarde volvía a haber una persona que se parecía a otra de otro mundo, de un mundo desaparecido. Tal vez se debiera a eso que Trotta aparecía en sus pensamientos de forma recurrente en aquellos días, cuando apenas había pensado en él en años. Y, en el fondo, Trotta decía justo lo mismo que su padre al hablar de los alemanes: Pienso que, literalmente, me han dejado sin palabras, desde que estuve en Alemania con el ejército francés sé lo que es quedarse sin palabras porque estaba rodeado de esa gente que se cree que habla alemán, y, para colmo, los franceses también lo creían... había muchas cosas que no les creían, pero justo eso sí.

En Heiligen-Geist-Platz no enlazaron con el autobús, y Elisabeth dijo: Voy a por unos cuantos periódicos. En uno de ellos, en una breve noticia de la primera página, leyó consternada que uno de sus amigos se había caído por un acantilado en Sorrento, la policía italiana aún no había esclarecido si se trataba de un accidente, un suicidio o un asesinato. Sin embargo, el periódico, como los demás periódicos, contenía otros titulares en gruesas letras que al principio leyó sin demasiado interés. Sin resuello, regresó junto a su padre, que le hacía señas con la mano desde la parada de delante del Landhaus, la sede del Parlamento, porque el bus estaba a punto de llegar, y ella le dio dos periódicos aunque él no solía leer más que uno, al que estaba abonado, y luego, para serenarse, comenzó a leer sin mucha gana: «Crimen pasional en villa de millonario». Qué mal escrito. Aquello apenas le interesaba, pero en la siguiente

página había más de lo mismo: «Baño de sangre en finca de un millonario». Comenzó a leer con desgana. En ese momento llegó el autobús y subieron. Durante el trayecto, Elisabeth leyó con esfuerzo, porque no podía evitar hacerlo con ojos de periodista y no lograba entender nada por culpa del farragoso comienzo de aquella noticia. Cuando uno conoce la prensa de provincias, su adorable incapacidad para escribir sobre algo que se sale de lo habitual, por ejemplo: sobre un ambiente que no se conoce, se requiere no poca imaginación o no poco dominio de la materia para extraer datos concretos de la maraña de frases. Elisabeth levantó la vista un momento al pasar por delante del Stadttheater: Bertold Rapatz ha matado a tiros a su esposa y a no sé qué ayudante de guardabosques, y luego se ha pegado un tiro, ¡no me lo puedo creer! El señor Matrei no respondió porque estaba enfrascado en su propio periódico, sólo dijo: ¿Rapatz? No me suena de nada. Elisabeth, admirada, dijo: ¡Pero, padre! Si es uno de los tres hombres más ricos de Austria, aunque no el más rico, y es dueño de unos cuantos cotos de caza aquí, en nuestra región. Según lo que había leído no acababa de entender bien el caso, al parecer el ingeniero superior Bertold Rapatz, de sesenta y dos años, había asesinado de un disparo a su mujer, la doctora Elisabeth Rapatz, supuestamente por celos, y antes había matado al amante de ésta, un tal Jaslo no-sé-qué, al que ella se había lanzado a proteger. El aviso a la gendarmería de Eisenkappel para que acudiera al lugar del crimen lo había dado una tal Radmilla no-sé-cuántos, ama de llaves de la villa del millonario. Ahora Elisabeth le quitaba el periódico a su padre, porque aquellas noticias tan largas y farragosas no había quien las aguantase. En París o Nueva York, cualquier periodista chapucero de la prensa amarilla habría sabido cómo escribir de esas cosas, pero, claro, los de allí no tenían ni idea. Drama pasional por celos, aquello tenía pelo de la dehesa por todas partes, y eso que se trataba de Bertold Rapatz. Uno de los periódicos incluso se esmeraba en ir más lejos: «El ingeniero superior Bertold Rapatz, cuyo padre procede de la familia de rancio abolengo Von Rapatz, título nobiliario que recibiera por su meritoria contribución en la explotación de los ferrocarriles del Gaital con fines bélicos de suma relevancia...». Elisabeth pensó, de entrada, que aquellos pobres periodistas de tercera que tan bien sabían informar sobre las ferias de la madera y demás, por desgracia, no tenían ni idea del caso que tenía entre manos su gendarmería, ni tampoco de que el ilustre título nobiliario de Rapatz no valía nada porque, hacia el final de la guerra, el emperador Karl había otorgado títulos de nobleza a prácticamente todo hijo de vecino y que no tenía interés alguno si Bertold Rapatz era o no ingeniero superior, igual que su padre, el del rancio abolengo; ahora bien, sí que era muy importante saber que Rapatz no era un simple millonario, en Carintia había algunos millonarios más, sino que representaba el poder: el poder del dinero nada más y nada menos, y era importante saber que una finca de caza es algo muy diferente de una villa y que Rapatz, dicho sea de paso, era el propietario de un tercio de la industria maderera y de los cotos de Carintia. Al llegar al cuarto periódico, que Elisabeth al fin logró arrancar de las manos de su padre y cuya primera página

también dedicaba casi todo su espacio al baño de sangre y los celos, se cansó de leer enseguida y dejó caer las hojas sobre el regazo. Allí se hablaba de la tercera esposa de Rapatz, «Doctora Elisabeth Rapatz, de soltera Mihailovics», y Elisabeth recordó el fugaz y peculiar encuentro en la Teichstraße y se dijo: No, no puede ser... y, al mismo tiempo, tiene que ser cierto: la insulsa, pobre y tímida Mihailovics se había convertido en la tercera esposa de Rapatz, pero ¿qué era todo aquello? No era la típica mujer que atrae a un millonario, y aquel joven esloveno que la acompañaba debía de ser el citado «ayudante de guardabosques», pero ¿cómo iba a haber algo entre esos dos? Elisabeth lo hubiera adivinado al instante, seguro que era otra cosa lo que tanto apuro causaba a la Mihailovics aquel día. Con la voz entrecortada le dijo a su padre: La esposa asesinada es Elisabeth Mihailovics, ¿te lo puedes creer? Y nuestros valientes gendarmes jamás descubrirán lo que pasó en realidad, porque toda esa componenda que han urdido sus limitados cerebros no puede ser cierta en absoluto. Estoy más que segura.

El señor Matrei, que no entendía por qué su hija se indignaba tanto, tan sólo dijo algo como: Pobrecilla. Si es que eso de hombres mayores con esposas mucho más jóvenes no puede salir bien...

Que no es eso, dijo su hija impaciente, en todo caso, no es tan sencillo. Hay cosas mucho más complejas que los crímenes por celos. Daría algo por adivinar en qué se había metido la ratita asustada de la Mihailovics y qué tipo de hombre era el tal Rapatz. Verle no lo ha visto casi nadie, tampoco en Viena. A esa gente no se la ve nunca.

Ahora sí, el señor Matrei estaba asombrado, pues, para él, las personalidades importantes eran otras: los que salían en los periódicos, diputados, el alcalde, el presidente del estado federal... ésos eran para él y sin duda para la mayoría de la gente del campo «las altas personalidades», y no casaba con su concepto de las jerarquías el que hubiera gente como Rapatz, a quien esas personalidades de la vida pública tan importantes ni siquiera habrían dejado entrar en su casa, y menos aún alcanzaba a comprender que el tal Rapatz, suponiendo que realmente fuera un hombre conocido, como pretendía Elisabeth, se hubiera negado a salir en las fotografías o a hablar en la radio. Yo creo que sobreestimas a ese hombre, pero mucho. Si nunca se ha sabido nada de él.

Ya me gustaría, dijo Elisabeth sonriendo, y si no hubiera matado a dos personas y se hubiera quitado la vida después, ni siquiera se habría sabido de su existencia. Aquí, en Klagenfurt, desde luego que no. De las primeras declaraciones del ama de llaves y otros empleados apenas podía extraerse ningún dato, y justo eso podía interpretarse como un especial afán por callar y guardar secretos, con lo cual imaginaba que Rapatz había levantado un muro a su alrededor y que, así, luego nadie contaría nada de él, pups la gente como Rapatz escogía muy bien a sus empleados, a Elisabeth también le llamó la atención que casi todos fueran eslovenos y, si acaso, algunos

croatas, lo cual constituía otra barrera de protección contra los curiosos, incluso después de su muerte.

Pasada la primera semana, aunque su idea inicial era quedarse allí quince días, Elisabeth comenzó a sentirse muy inquieta, más nerviosa a cada hora que pasaba porque, además, tenía que contenerse delante de su padre, quien constataba: Ya tienes mucho mejor aspecto. El desasosiego era fruto de las largas caminatas por el bosque y del lago al que ya no deseaba ir, si bien ese día lo había intentado una vez más, bajando desde donde estaba el hotel de montaña Jerolitsch, aun a sabiendas de que no se podía. Llegó a casa más bronceada pero muerta de cansancio, y con la excusa de estar muy cansada, dejó a su padre cenando solo y se fue a su habitación, aunque aún se quedó leyendo un viejo libro de aventuras de Robert hasta la medianoche, y luego, como estaba segura de que su padre ya dormía, bajó al teléfono y solicitó una conferencia con París a la operadora. A los pocos minutos le dieron línea, se sintió aliviada al oír la voz de Philippe y susurrando le pidió que le enviase un telegrama en el que dijera algo de que se requería su regreso urgente por motivos de trabajo. A la mañana siguiente llegó el telegrama de París, y Elisabeth fingió indignarse y farfulló: Qué oportuno, justo ahora que por fin empezaba a recuperarme.

Se quedó mirando al suelo un momento, pues temía darle un disgusto a su padre, pero para su alivio no captó ningún signo de tristeza o depresión porque ella quisiera abandonarlo tan pronto —no tuviera más remedio que hacerlo, según le había hecho creer—, y a continuación tomaron juntos el autobús para ir al centro, a la agencia de viajes, no, no, él se ocuparía del billete y no toleraría que Elisabeth pagara el trayecto hasta Viena, pues sus regalos, muy generosos, siempre buscaban compensar lo que le cobraba por llamar por teléfono, y durante el camino de vuelta empezó a despotricar de nuevo por el tráfico de locos que Elisabeth no veía por ningún lado. La víspera del viaje pasaron la velada juntos, en silencio, oyendo las noticias una vez más, leyendo cada uno un trozo del periódico al que el señor Matrei estaba abonado y luego intercambiándose las hojas, aquel periódico que una vez más trataba del sangriento crimen pasional en la villa o la finca o lo que fuera del millonario, sin aportar ningún detalle nuevo. Seguían sin recibir ninguna postal de Marruecos y charlaban un poco o callaban pensativos, y esta vez fue el señor Matrei quien insistió en que debían irse a la cama temprano. En su cuarto, sola, como no tenía ganas de acostarse como una niña obediente, se puso a revolver entre sus cosas y a hacer las maletas. Se sobresaltó ligeramente cuando su padre llamó a la puerta y entró, pero él no le dijo nada por no encontrarla en la cama sino que, con visible apuro, le entregó un sobre y le dio un beso en la mejilla. Dijo: Que no se me olvide, sólo es algo para el viaje, y para que te arregles bien en Viena.

Elisabeth no fue capaz de articular palabra, se le ocurrió que serían, como siempre, mil schillings para que la niña se arreglara bien durante el camino, y, como siempre, dijo: Qué detalle de tu parte, para hacerle sonreír y para que él supiera una

vez más cuánto le necesitaba. No se sintió irritada cuando, a la mañana siguiente, fueron juntos a la estación y el señor Matrei, como siempre, realizó una serie de complicadas operaciones para asegurarse de que el tren salía de verdad del Andén 1 y de verdad a la hora indicada... sino que le dejó ir por delante y ella se detuvo en el kiosco a comprar periódicos, revistas y cigarrillos y luego se dirigió tranquilamente hacia el andén, donde el señor Matrei la esperaba con gesto severo, pues insistía por principio en llegar con tiempo, y ahora, por desgracia, les sobraba media hora en la que permanecieron de pie junto a las maletas y hablaron, ella prometió escribirle de inmediato, comentó que tal vez llamara a algunos amigos desde el aeropuerto de Viena, a no-sé-qué amigos que el señor Matrei no conocía, y le aseguró que los vuelos nocturnos a París le gustaban mucho más que los diurnos, porque ya no le interesaba en absoluto ver nada por la ventanilla de ningún avión. Por fin llegó el tren y Elisabeth subió después de abrazar a su padre y se quedó de pie junto a la ventanilla, sí, su padre había menguado, aunque sólo allí, cuando estaba fuera de su casa y no paseando con ella por algún sendero del bosque, tenía de nuevo aquella mirada infantil, la mirada de un hombre mayor al que abandonaban, al que dejaban solo, y, aunque ahora era demasiado tarde, Elisabeth quiso bajar de nuevo y decirle algo... pero ¿qué?, ¿qué podía decirle?, no iba a decirle, justo al arrancar el tren, cuánto miedo tenía de no volver a verlo. Gritó, pero tal vez él ya no la oyera: ¡Te escribiré enseguida, gracias por todo, te escribiré! Elisabeth sonreía y saludaba con la mano, y albergaba la esperanza de que esa vez el tren saliera de la estación más deprisa, saludaba como si no estuviera desesperada, como una mujer radiante, su hija, una niña, la hermana de Robert, una persona que se marchaba en el tren, que se iba de viaje y cada vez se iba más y más lejos.

En Viena, en el aeropuerto, tras cumplir de manera mecánica con todas las formalidades y facturar las maletas, se apresuró a atravesar el control de pasaportes en un momento en que no había nadie. Pensó en subir al restaurante pero luego se decantó por la cafetería, aunque estuviera más desangelada: un espacio gigantesco con mesas de plástico y viajeros de gesto cansado sentados haciendo tiempo. Después de tomarse un primer café, que por desgracia ya no era café vienés, se puso a hojear su libreta de direcciones. Tal vez podía llamar a los Altenwyl o a los Goldmann, no, con aquella gente había algo que ya no era igual que antes, le resultaba demasiado delicado, y siguió pasando hojas y hojas... tal vez a los Jordan o a Martin o a Alex... No, era absurdo desde todo punto, lo más probable es que ninguno estuviera en la ciudad a finales de julio.

Un hombre se había acercado a su mesa y retrocedido dos o tres veces, y entonces fue ella quien se volvió sin querer y le miró, y él se acercó de nuevo y preguntó cortés y torpe a un mismo tiempo: Disculpe, ¿es usted Elisabeth Matrei? Como Elisabeth se había quedado mirándole sin decir nada, él repitió: Disculpe, imagino que no se acordará de mí.

Era un hombre de su misma edad, pero le parecía más joven, a pesar de que, por lo general, todos los hombres solían parecerle más viejos a esa edad, y hablaba ese alemán duro que a ella le resultaba familiar, sólo que no sabía qué era lo familiar, de qué conocía a aquel hombre y si lo conocía siquiera. Hizo un cauteloso gesto, él se sentó, y en ese momento le vino a la cabeza que tenía que ser el primo aquel de Trotta, aquel Branco, uno de los que habían permanecido en Yugoslavia, hijo o nieto de campesinos o comerciantes —¿no eran castañeros?— de Sipolje, el lugar que ya no existía... y como era imposible que aquel Branco viviera allí, se lo preguntó un tanto vacilante. Vivía en Ljubljana. También él pidió un café y Elisabeth no sabía de qué hablar, pues sin duda lo sabría ya todo acerca de la muerte de su primo, había pasado mucho tiempo desde entonces. Le escuchaba sin atención y le oyó decir, en su esforzado alemán, algo más de Ljubljana y de que tenía visado para Moscú y que, en efecto, iba a Moscú. Luego dijo, pero esto sin esfuerzo y tan deprisa que ella levantó la vista asombrada: He esperado mucho tiempo. Mucho tiempo. Pero usted siempre estaba rodeada de mucha gente. Quiero decir que siempre estaba muy ocupada y siempre tenía mucha gente a su alrededor. Elisabeth respondió divertida: ¿Ah, sí? ¿Mucha gente? Él añadió sin venir a cuento: Yo me casé hace medio año, sí, allá en el sur, y tengo un hijo, tiene dos meses. Elisabeth dejó su cigarrillo en el platillo de la taza y dijo en tono cordial: Qué bien, me alegro por usted. Pero algo le resultaba raro y le miró con más detenimiento, ya tenía algunas canas en las sienes. Pero... tan tarde, quiero decir, ¿no se ha casado hasta ahora? Pretendía ser una pregunta corriente y así fue como sonó. Sí, dijo él, y luego la miró fijamente a los ojos: Usted siempre estaba rodeada de mucha gente. Una vez la vi en Viena y luego me la encontré con mi primo en París, y usted, sin duda, lo sabrá todo, pero yo luego nunca más volví a saber nada de usted. Ni siquiera sé si usted sabe algo de mí y de Franz Joseph, no sólo éramos parientes, era algo más, sólo que ya no había nada que yo pudiera hacer y nos quedamos en casa.

Elisabeth dijo en voz baja: Seguro que fue mejor así, pero me doy cuenta de que usted aún dice «en casa»... de modo que eso todavía existe. El hombre dijo: Franz Joseph no se sentía en casa en París y, al final, tampoco en Viena, seguro que no, pues siempre decía cosas de lo más paradójico, que era extraterritorial, eso es lo que más repetía. El hombre se puso de pie porque anunciaron la salida de su vuelo, se quedó escuchando la megafonía, indeciso, no cabía la menor duda, llamaban a los pasajeros del vuelo a Moscú y él no esperó a que ella le tendiera la mano, sino que le dijo muy deprisa y en voz baja, al tiempo que se marchaba: Que Dios la proteja. Ella le siguió con la mirada, después de una frase así no habría podido decirle «Hasta la vista», y se quedó allí sentada, confusa, y vio demasiado tarde que su cigarrillo, convertido en ceniza, se caía del platillo y la colilla al rojo iba a parar a la mesa de plástico, y se quemó los dedos porque no sabía de qué otra forma apagar un cigarrillo en aquella mesa pública. En su cabeza reinaba una gran confusión, porque no entendía qué había querido decir el hombre con que ella siempre estaba rodeada de mucha gente y por

qué lo había repetido tantas veces. Anunciaron otro vuelo, en tres idiomas, al igual que el anterior, y luego se sobrecogió al oír otra voz a través de los altavoces, no era una llamada, sino la comunicación, en tono tan educado como monótono, de que el vuelo a Moscú tenía un retraso previsto de unas dos horas por problemas técnicos, se rogaba a los pasajeros a Moscú que... Justo antes de que él apareciese, Elisabeth ya se había levantado porque le sintió acercarse por detrás de ella, antes incluso de oír sus pasos, y ella se dio media vuelta y se encontraron frente a frente y se miraron. Él le cogió las dos manos, aquellas manos delgadas en extremo, al principio con mucho cuidado y luego cada vez más fuerte, entre sus manos grandes y pesadas. A veces, los dos esbozaban una sonrisa y no decían nada. Ella no le preguntó por qué iba a Moscú y qué iba a hacer allí, y él no le preguntó a ella si seguía viviendo en París y qué se le había perdido allí. Tan sólo se miraron a los ojos, y en los ojos de ambos titilaba un azul muy claro, que cuando dejaban de sonreír se tornaba más oscuro. Él dijo que gracias a Dios ya no estaba siempre rodeada de tanta gente, y ella también olvidó a toda la gente de su vida, a la gente de aquel aeropuerto y de aquella cafetería desangelada. Pero el tiempo transcurrió muy deprisa, mucho más deprisa que nunca, y ella creyó por un momento que iba a desmayarse, y al mismo tiempo sintió que él, que era muchísimo más fuerte, comenzaba a ponerse pálido y también se mareaba en aquel estado de máxima tensión, en aquella entrega. En ese momento anunciaron la salida del vuelo a París, y ella se soltó dulcemente, casi aliviada de aquel tormento insoportable, sus manos en las de él. Habiendo aprendido de memoria cada detalle, se marchó en dirección a la puerta de cristal a la que tenía que dirigirse, en sus oídos ya no resonaba nada más que el *gate number*, como si fuera muy importante concentrarse en eso. Él la siguió lentamente hasta la puerta de cristal que habría de separarlos y ella se temió que él aún fuese a decir algo, pero se limitó a quedarse de pie, sacó una pequeña libreta y un bolígrafo, arrancó una hoja y, de pie, escribió algo en la hojita y la dobló. Ella no dejaba de temer que algo pudiera destruirse, y clavó su mirada en él, ojalá no hubiera apuntado su dirección de Ljubljana o de Moscú en la hojita... pero él la miró muy tranquilo, ya sin aquel dolor y aquella palidez en el rostro, y le metió la hojita doblada en el bolsillo del abrigo. Ella dio media vuelta y atravesó la puerta de apertura automática.

No leyó la nota en el avión sino que, en el aeropuerto de Orly, mientras esperaba las maletas frente a la cinta transportadora, buscando un pañuelo en el bolsillo del abrigo, sacó también la hojita, la desdobló y leyó, como anestesiada y sin comprender:

La amo.

Siempre la he amado.

Seguía con el pañuelo en la mano y ya no recordaba para qué lo había sacado, ah sí, hacía corriente y le habían entrado ganas de estornudar, pero entonces se apresuró a guardar la nota y el pañuelo en el bolsillo del abrigo, pues vio, con un susto de muerte, que se acercaba Philippe, quien, muy enérgico, primero recogía las maletas y

las colocaba en un carrito y después atraía a Elisabeth hacia él para darle un beso largo y apasionado, allí en medio de todos los viajeros que pasaban a su lado, y le metió tanto la lengua en la boca que ella lo apartó creyendo que iba a ahogarse. Sin respirar dijo: Pero Philippe, por favor, esto no hacía falta, cómo has venido hasta Orly sólo porque yo regresaba. Philippe empujaba el carrito de las maletas hasta la entrada y ella caminaba a su lado y repetía: Desde luego, no entiendo cómo vienes corriendo a Orly, hubiéramos podido vernos luego en el centro... Philippe buscó un taxi, y casualmente lo encontró, y en el taxi volvió a besarla con aquella ansia, y ella ya no se defendió. Luego, él comenzó a hablar con exaltación: Ahora haz el favor de decirme por qué me pediste que te enviara ese telegrama, casi me muero de preocupación. Ella se irguió en el asiento y dijo muy sorprendida: Qué cosas se te ocurren, es muy sencillo, me aburría mortalmente, y era de esperar, cómo no va uno a aburrirse en el campo, sólo te lo pedí por eso.

Pero como Philippe no era tonto, porque en verdad no tenía nada de tonto, la miró con desconfianza e insistió: Pero algo ha pasado. A mí no me engañas.

Ella miraba por la ventanilla y no respondía, fingía que, ocasionalmente, le interesaban aquellas calles nocturnas con sus incontables coches y luces de neón.

Philippe dijo: Con ver cómo te comportas me basta para darme cuenta de todo.

Al no recibir respuesta tampoco esta vez, pensó que aquello era serio y por hacer algo comenzó a hablar de la película en que iba a trabajar, porque al fin y al cabo tenía ganas de hablar de ello y tampoco quería permitir que los cambios de humor de Elisabeth lo estropeasen todo, sin embargo, ante un semáforo en rojo, una vez había contado cada una de las novedades con todo lujo de detalles, repitió: Te digo que algo ha pasado.

Ella dijo en voz alta y con tono displicente: Ay, por Dios, en primer lugar casi nunca pasa nada, y si pasa, ¿qué?, pues sí, para ti han pasado un montón de cosas, qué bien, me alegro mucho, mucho... sólo que... —y guardó silencio un instante—, sólo que las cosas de verdad no pasan nunca o pasan demasiado tarde.

¿Te has enamorado de un tirolés?, preguntó Philippe, pues al menos se había dignado dirigirle la palabra, pero Elisabeth, asqueada, se acordó de Jean Pierre, que una vez le había venido con no-sé-qué de una tirolesa que luego no era tirolesa, y luego recordó con tristeza a Duvalier, que tantas veces había dicho con orgullo y con guasa: Esta es mi tirolesita talentosa... Pero a Philippe tan sólo le dijo: No, en absoluto, por desgracia no, *mon chéri*, ni siquiera de un tirolés. Y, sin darle importancia, recuperando el tono habitual de sus conversaciones, añadió: Lo que pasa es que no sé cómo decírtelo, y encima nada más llegar... creo que voy a tener muchísimo trabajo a partir de ahora, ya sabes cómo son estas cosas, así que no te lleses una decepción, por favor, no.

Philippe dijo con ternura: No, *ma chérie*, sólo es que estaba muy preocupado, por eso te llamaba tantas veces, porque cada noche me sentía fatal sin ti, sin tus consejos, nunca te he necesitado tanto como en estos últimos días. (Elisabeth, con cierto cariño,

pensó que exageraba sobremanera, pues no era la primera vez que la necesitaba como no la había necesitado nunca). Me sentiría como una rata miserable si te mintiera, creo que he cometido una estupidez descomunal y creo que te lo tengo que contar ahora mismo, porque por teléfono no podía abordar el tema porque me daba cuenta de lo contenta que estabas en tu maravillosa vida en el campo. Es Lou.

Elisabeth, que al reconocer ahora algunas calles ya se sentía realmente en París, y, por lo tanto, iba por una ruta segura hacia su casa, dijo distraída, en tono cálido: ¿Le pasa algo, está enferma, tiene algún problema?

No, no es eso, dijo Philippe, es que es una tontería tan grande... porque no hay manera de hacerle entender nada, primero, estas chicas se las dan de muy modernas y muy liberales, como si estuvieran del todo por encima de las ideas burguesas, pero luego, pues quieren que se casen con ellas y, como si estuviésemos en una comedia de enredo del siglo pasado, mandan a su padre a hacerle a uno la vida imposible, y va el viejo Marchand... perdón, quiero decir: Claude, se me echa encima como el vengador del honor de su hija, tú ya lo conoces, quiero decir: tú lo conoces mejor que yo. (Durante un momento, Philippe y Elisabeth intercambiaron una mirada cómplice, aunque sólo durante un momento que se disolvió casi antes de llegar a ser, pues cada uno sabía muy bien lo que el otro asociaba con el nombre Marchand). En el fondo, veo que todos los hombres se vuelven lamentablemente antiguos cuando se trata de sus hijas. Elisabeth le interrumpió: Pero, vamos a ver, ¿qué pasa con Lou? Philippe dijo, sin más: Está embarazada. Y claro, Marchand me odia, y, claro, yo tampoco quería verme frente a ese capitalista ricachón como un imbécil y le dije que no tenía intención de eludir mi responsabilidad, porque, al fin y al cabo y aunque no tengo nada...

Elisabeth nunca había oído la palabra «responsabilidad» de boca de Philippe y esperaba que él no viera su sonrisa en la penumbra del taxi. Le dijo: *Chéri*, es que una responsabilidad tan grande no se puede eludir de ninguna manera, ¿sabes?... y yo nunca he querido sermonearte pero, ya que tú mismo has sacado el tema, sólo te diré que lo veía venir, y por nosotros dos, mira, ha sido bonito mientras ha durado, al menos para mí, y te estoy infinitamente agradecida, pero obstaculizar el cumplimiento de tamaña responsabilidad jamás se me pasaría por la cabeza, *mon chou*.

Ahí llegaba la despedida de Philippe y, además, una despedida muy positiva a la que se unía su incorporación a un mundo que había odiado con toda su alma incluso después de quedarse encandilado por la Matrei, incluso en la época en que Elisabeth lo sacara de sus depresiones, de la bebida, de las discusiones cada vez más absurdas y de unos ataques de ira que pronto dejaron de ir directamente contra el régimen, el capitalismo y el imperialismo, para apuntar a los compañeros, que cada vez estaban más escindidos en múltiples grupúsculos y combatían unos contra otros. A pesar de todas las tonterías cometidas en su vida, Elisabeth siempre había tenido bastante suerte, y entre las ovejas descarriadas de las que se enamoraba, siempre había elegido

a las mejores. Philippe había ido a verla hacia el final de la revolución de mayo para pedirle algo y se había comportado de un modo bastante arrogante, pues la tenía por una de aquellas despreciables criaturas amantes del lujo, tal vez no una capitalista en sí, pero sí una prostituta al servicio de los capitalistas después de todo. Poco a poco fue cambiando de actitud, cada vez iba a verla con más frecuencia, pasaba horas hablando con ella, le llevaba muchísimas visitas de gente joven a la que había que dar de comer y de beber muchísimo, y apenas la dejaba trabajar, y un buen día Philippe comenzó a reflexionar un poco sobre ella y se asombró. No parecía que ella quisiera acostarse con él, tal vez sólo lo hacía con tipos como Marchand, que podían comprarle vestidos caros, pero luego descubrió que ningún hombre le compraba vestidos a la Matrei, que tal vez nadie le había comprado un vestido en toda su vida y que era cierto que ganaba dinero, pero porque trabajaba para ganárselo. Un buen día creyó que estaba enamorado o, cuando menos, que ya no podía vivir sin ella, y después de explicárselo a Elisabeth, ella le dijo que no varias veces, riendo, aunque un buen día cedió y empezaron a vivir juntos.

Ahora, en aquel taxi que tardaba una eternidad, Philippe no cesaba de mirarla con miedo, no, Elisabeth no mostraba una palidez de muerte, claro que casi siempre estaba morena porque incluso en invierno viajaba a países donde hacía calor, pero tampoco rompía a llorar ni le echaba los brazos al cuello ni la tomaba con él para hundirlo a base de reproches. Philippe no sabía cómo comportarse, pues ella parecía no tener tacto, no tener corazón en absoluto, cuando él realmente sentía la necesidad de hablar de Lou y de la estúpida forma en que se habían desarrollado aquellos últimos días. Porque no le resultaba nada fácil casarse con la tal Lou, así sin más, y se sentía muy necesitado de consejo. Elisabeth, sin embargo, se limitaba a sonreír, cuando él se había preparado para una escena dramática, pues con una mujer mayor que uno siempre se ha de estar preparado para cualquier cosa, sobre esto había pedido consejo a un amigo y todo, al único amigo que le quedaba de los tiempos de las revueltas en la Sorbona, ya que en verdad no quería que Elisabeth sufriera una crisis por su culpa, que tal vez llegara a suicidarse por culpa de Lou, porque, claro, él no era un Claude Marchand ni uno de esos tipos con los que ella había estado hasta entonces, y al menos reconocía que le había mentido y abusado de ella con frecuencia. Pero lo más probable era que la pobre Elisabeth aún no hubiera tomado conciencia de aquel gran cambio, y hasta que no se viera definitivamente en casa o quizá hasta el día siguiente o al otro no aparecería esa crisis, sí: preveía que eso es lo que iba a suceder. Naturalmente, ella poseía una serenidad altiva y un extraordinario dominio de sí misma, porque de no ser así él tampoco habría querido nunca tener una relación con ella. Por el dinero, prosiguió Philippe, sin duda no es el mejor momento, pero quiero que sepas que sé cuánto te debo y lo agradecido que te estoy. Creo que, muy pronto, en cuanto la película...

¿Cómo dices?, preguntó Elisabeth, ausente. Pero, bueno, eso es absurdo, no sé por qué tienes tanta prisa, no me estoy muriendo de hambre, al contrario, he ganado

mucho dinero en los últimos meses. No, por el dinero, ya lo sabes, no tienes que preocuparte, he tenido mucha suerte, una y otra vez, ¿qué podría importar el dinero entre nosotros? De verdad que no te entiendo.

Philippe pensaba desesperado: Ah, ahora se está dando cuenta de lo que pasa, ahora es cuando va a sufrir la crisis. Porque Marchand sí que tenía dinero, pero Elisabeth no paraba de trabajar y era así como lo ganaba.

Se apearon del taxi y ella pagó pero dejó que fuera Philippe quien subiera las maletas hasta el piso. Nunca le había gustado cargar maletas, pero hoy, además, realmente se sentía demasiado débil para hacerlo. En la casa, la situación sí que se tornó muy embarazosa, porque Elisabeth empezó a desvariar. Decía cosas sin sentido, como: Si no congenias con Marchand, quien, obviamente, tendría en mente un mejor partido para su angelical hijita... Philippe le cortó la palabra: Sabes muy bien que Marchand ignora que Lou no tiene nada de angelical, además es adicta y no me hace ninguna gracia casarme con una adicta, antes debería curarse y salir de ese círculo en el que vive.

Elisabeth dijo muy racional: Ya está más que claro que te vas a casar con ella quieras o no, idea mía no ha sido.

Philippe no sabía dónde meterse, allí de pie en la habitación donde tantas veces se había sentado y que tantas veces había recorrido. Elisabeth dijo: Perdona, sólo quiero echar un vistazo al correo, y se apresuró a abrir unos cuantos sobres. Philippe, que al principio se había quedado mirándola consternado, se sentó junto a ella y le besó la mano y preguntó: ¿Estás enfadada, estás triste?

Elisabeth le miró asombrada: ¿Tengo aspecto de estar enfadada, tengo aspecto de estar triste? Muerta de cansancio sí, claro, eso es evidente. Pero también es natural después de una aburrida estancia en Austria y una boda en Londres y demás diversiones similares.

Elisabeth iba dejando a un lado cada vez más cartas y papeles y sólo prestaba atención a los telegramas. El primero le resultó del todo incomprensible. Comenzaba con *merde* y terminaba con ternezas, firmado por André. Pero ya se sabía que André enviaba telegramas sin un contenido concreto. El segundo telegrama carecía de interés, el tercero tenía más de tres páginas y, de nuevo, era de André, debía de ser anterior al otro, pues entre *stop* y *stop* decía algo de Kemp y de úlcera, úlcera de estómago. En fin, todos sabían que Kemp llevaba mucho tiempo con serios problemas de estómago, y para dar esa noticia no era necesario enviarle un telegrama a ella. Pero después del siguiente *stop* comprendió lo que pasaba: a Kemp tenían que operarle y no iba a poder viajar, y, tras leer la segunda mitad del telegrama, por fin cayó en la cuenta de que André le pedía que viajara ella a Saigón en el lugar de Kemp. Era el telegrama más largo que había recibido en su vida, pero era evidente que en la redacción no escatimaban en gastos cuando estaba en juego un reportaje de calidad.

Como Elisabeth se detuvo a estudiar aquel telegrama durante un tiempo excepcional y luego lo dejó sobre la mesa sin dejar de mirarlo, Philippe, que se sentía más miserable a cada minuto que pasaba, preguntó si se trataba de una noticia importante, y ella le miró aliviada y le dijo, algo más animada que antes: Sí, creo que sí. Anda, sé bueno y ve a la cocina a por un poco de hielo y prepara unas copas, que tenemos que brindar por un montón de cosas. ¡Por un montón de cambios! Jamás había visto a Philippe tan solícito o tan intimidado, ni tampoco tan joven, y le dio un poco de pena porque ya no era el rebelde de hacía dos años, tan seguro de sí mismo y soberbio hasta la desmesura, sino que no se diferenciaba de cualquier otro joven, un amante inseguro que, ese día, haría lo que fuera con tal de no disgustarla. Philippe dejó las copas sobre la mesa, las sirvió, lo hizo todo como siempre, y se sonrieron y brindaron.

¿Es una noticia buena o al menos... nada malo?, preguntó Philippe. Ella dijo: Bueno o malo no son los términos adecuados. Pero me gustaría tomar otra copa contigo. Philippe seguía pensando que en cualquier momento podía sufrir una crisis, que él tendría que quedarse con ella aquella noche y ya no encontraría momento para llamar a Lou. De todas formas, estaba dispuesto a todo, pues tenía una responsabilidad, incluso para con Elisabeth. Ella, sin darle demasiada importancia, le pasó el telegrama y dijo: Lee, es mejor que sepas lo que dice. También Philippe tuvo que leerlo dos veces, mientras daba un par de sorbos a la copa, y permaneció en silencio durante un rato. Dejó la copa en la mesa y dijo: André debe de estar loco, esto ni siquiera se plantea, no vas, te lo prohíbo.

Ella le miró con detenimiento, absolutamente perpleja, pues qué tenía Philippe que decir a esas alturas, con la gran responsabilidad que tenía ahora... hacia Lou, no hacia ella. Sólo que, de lo cansada que estaba, ya no era capaz de explicárselo siquiera, y se limitó a decirle para complacerle un poco: Lo único que te prometo es que esta noche ya no voy a llamar a André, que sufra hasta mañana por la mañana, pero entonces sí que iré. Sé positivamente que iré, no necesito tomar ninguna decisión, ya lo sé. Y ahora vete tú, por favor. ¿De acuerdo?

No le dio un beso ni dejó que la besara él, le evitó y hasta que no vio a Philippe en el umbral de la puerta no le dio un fugaz beso en la mejilla y lo rodeó con sus brazos un instante. Philippe, exaltado, desesperado y furioso, dijo: ¡No puedes ir a Saigón, jamás, no puedes hacer eso!

Pero su frase no tenía nada que ver con la frase de Trotta, su voz no tenía nada de la voz de Trotta, que resonaba en sus oídos desde hacía casi veinte años, y ahora ella daba más crédito a su propia voz y también a otras voces de sus Trottas que eran muy distintas de las de antaño y esta vez no se dirigían contra ella. Philippe seguía en el umbral de la puerta con rostro avinagrado y agresivo, y así ella estuvo a punto de amarlo durante un instante, y él dijo casi gritando: Pero ese payaso está loco de remate, cómo se puede enviar a una mujer a hacer ese trabajo, tendrá a algún hombre en la reserva, el muy canalla, ¿no?

Elisabeth no pudo evitar sonreír y lo empujó suavemente hacia fuera, prometiéndole aún que le llamaría al día siguiente.

A Elisabeth, que hasta entonces no había sentido ni un ápice de compasión por Philippe, de pronto la invadió un profundo sentimiento de compasión, y mientras se desvestía, demasiado cansada para desmaquillarse, pensó que todo había terminado bien entre ellos, él estaba a salvo. Lo único: ¿dónde había quedado el mayo revolucionario? Apuró la copa y se dejó caer en la cama. Debió de quedarse dormida enseguida, cuando un primer sueño la hacía despertar sobresaltada, y alargaba la mano hacia el teléfono y murmuraba: ¿Dígame? Sólo podía haber sido André, pero ella había colgado de inmediato y entonces cogió la notita toda arrugada, que guardó bajo la almohada antes de dormirse de nuevo, herida ya en la frontera del sueño, y se llevó la mano a la cabeza y al corazón porque no sabía de dónde salía tanta sangre. De todas formas, aún pensó: No es nada, no es nada, a mí ya no puede pasarme nada más. Puede pasarme algo pero no tiene por qué pasarme nada.



Poeta y narradora, la austriaca Ingeborg Bachmann (1926-1973) es una autora fundamental en el ámbito de las letras germánicas del siglo xx. Nació en Klagenfurt, la capital de Carintia región limítrofe con Italia y Eslovenia, estudió en Viena Filosofía Pura, Psicología y Germánicas, y trabajó sobre las obras de Heidegger y de Wittgenstein, cuya teoría del lenguaje influyó decisivamente en su manera de concebir la poesía.

Su primer libro, *Die gestundete Zeit (El tiempo postergado)*, de 1953, la consagró en plena juventud y le proporcionó una fama que, tras darla a conocer, acabó abrumándola y la llevó a trasladarse a Roma. Allí escribió *Anrufung der Grossen Bären (Invocación de la Osa Mayor, 1956)*, su segundo y último libro de poemas, pues pronto abandonó la poesía por la prosa, publicando relatos, ensayos, guiones radiofónicos y una novela, *Malina*, traducida a numerosos idiomas.

Tras su muerte, la publicación de sus *Obras completas* (1978) incluyó, además de los dos libros citados, dos grupos de poemas escritos con posterioridad; son estos *Últimos poemas* los que Cecilia Drey Müller y Concha García han traducido y ponen a nuestra disposición en esta cuidada edición.

Notas

[1] El nombre equivaldría a «Camino Alto». (*N. de la T.*) <<

[2] El Lindwurm es la serpiente alada de la mitología germánica que también se asocia con el dragón Fafnir y, aquí, el primer indicio de la ciudad en que están, pues es el símbolo de Klagenfurt. La estatua está integrada en una fuente, en pleno centro de la ciudad, en Neuer Platz. (*N. de la T.*) <<

[3] «Hola, padre, hasta la vista», con la fórmula típica austriaca. (*N. de la T.*) <<

[4] «Tonto». (*N. de la T.*) <<

[5] Con el diminutivo típico austríaco, podría traducirse por «tontuela» o «tontina». (N. de la T.) <<

[6] Se refiere a la torre del Giordano Bruno Weg, que se construyó como mirador en 1895 y a la que, en 1965, se le añadió una cúpula que aún funciona como observatorio astronómico. (*N. de la T.*) <<

[7] La familia Trotta protagoniza la novela *La marcha Radetzky*, de Joseph Roth (1932), uno de los más profundos retratos de la decadencia, el hastío y la progresiva pérdida de energía vital y capacidad de integrarse en el mundo que caracterizan el espíritu centroeuropeo de comienzos del siglo xx. Otro Trotta, pariente lejano de los anteriores, es después el personaje principal de *La Cripta de los Capuchinos*, de Roth (1938). El propio apellido se convierte de este modo en símbolo de toda una actitud vital, en un tipo más que en un individuo. En *La marcha Radetzky*, sin embargo, no hay más que un descendiente en la generación del cambio de siglo, Carl Joseph, y además muere en la Primera Guerra Mundial, con lo cual el personaje de Bachmann constituye una ficción alternativa de lo que hubiera podido ser de ese tipo de hombre hastiado si hubiera vivido después la Anexión de Austria en 1938, la Segunda Guerra Mundial y la posguerra. (N. de la T.) <<

[8] En la Cripta de los Capuchinos de Viena están enterrados los emperadores austríacos y, de nuevo, el lugar se convierte en símbolo de la grandeza perdida y de una época en que el hombre estaba en armonía con la historia y con su entorno. (*N. de la T.*) <<

[9] En alemán, la expresión «mil años» (todo en mayúsculas en el original) despierta de inmediato las connotaciones del «Imperio Milenario» (*das Tausendjährige Reich*) que reivindicaba Hitler constantemente. (N. de la T.) <<

[10] En Heidelberg se instaló, en 1945, la base militar americana central y fue una de las pocas ciudades alemanas que los Aliados no destruyeron en los bombardeos, tal vez ya con la intención de establecerse allí. (*N. de la T.*) <<

[11] El término «amputación» aparece con frecuencia en relación con el desmembramiento del Imperio austro-húngaro como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, así como con la notable pérdida del territorio y la multiculturalidad que representaba. (*N. de la T.*) <<

[12] Es el punto donde coinciden las fronteras de Austria, Italia y Eslovenia, que cuando se escribió el relato formaba parte de Yugoslavia. (*N. de la T.*) <<

[13] Aunque la lengua estándar en Austria y Baviera es la misma que en Alemania, es muy frecuente el uso del dialecto o de giros dialectales, e incluso hablando el estándar se perciben ciertas diferencias que afectan, sobre todo, a la pronunciación y entonación. (*N. de la T.*) <<

[14] «Reina de mi corazón, aunque sin corona». (*N. de la T.*) <<

[15] Eres un loco, Hugh, cariño, debes de estar mal de la cabeza. (*N. de la T.*) <<